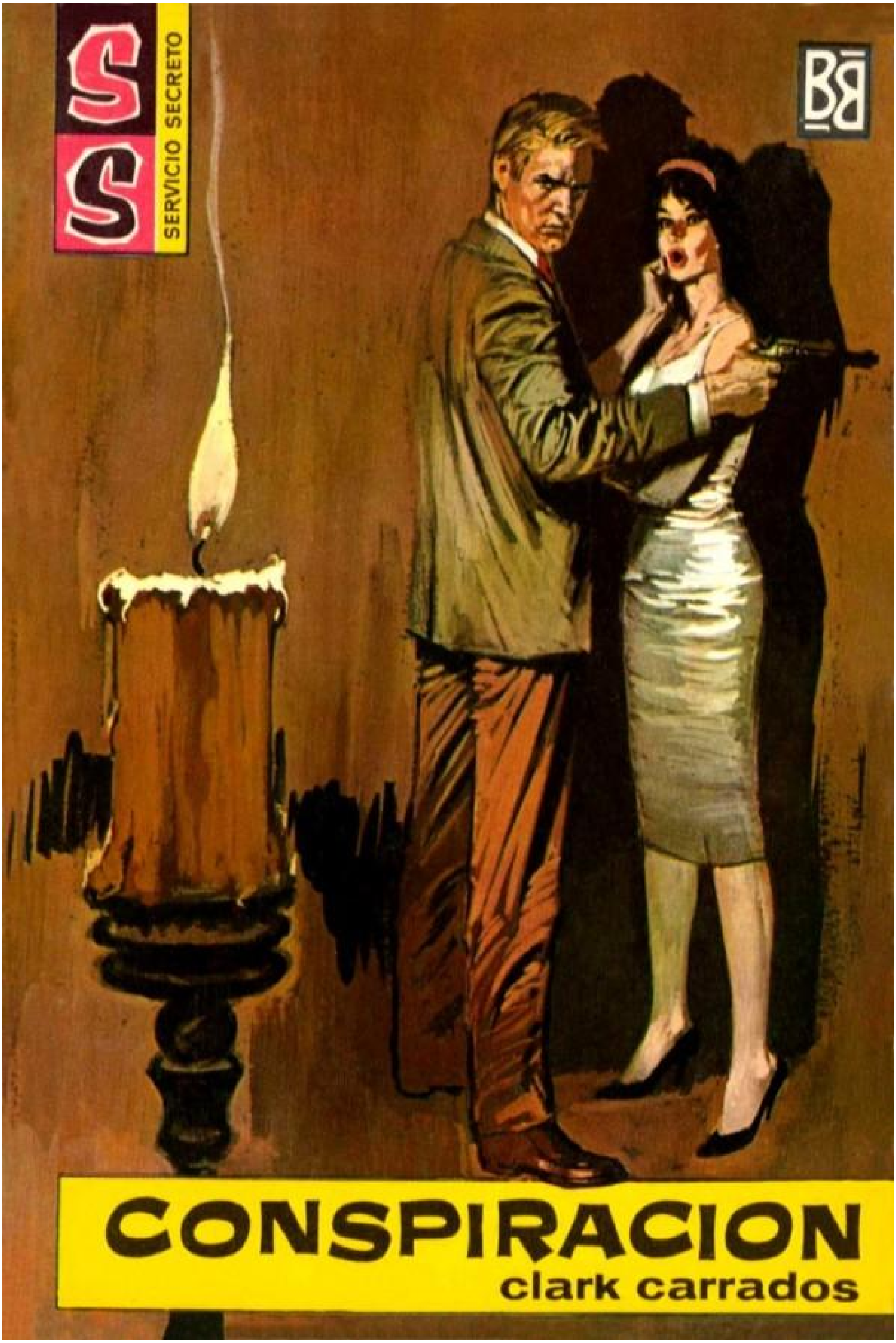

SS
SERVICIO SECRETO
CONSPIRACION
clark carrados

CLARK CARRADOS

CONSPIRACIÓN

1.ª EDICIÓN
MARZO - 1962

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES – BOGOTÁ

DEPÓSITO LEGAL B 18269-1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 6641/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
738. — Límites de sangre. 670. — Río Furias. 725. — La mina fantasma.

En Colección SERVICIO SECRETO:
593. — Los muertos necesitan hielo. 597. — Yo, el juez. 600. — La dama del aspa roja.

En Colección BÚFALO:
364. — Un hombre malo. 382. — Círculo de odio. 396. — El tren de las 7,30.

En Colección CONGO:
6. — Sahara en rojo.

En Colección TEXAS:
247. — El hombre de la cicatriz. 279. — El honor de un pistolero. 287. — El juez Damas.

En Colección CALIFORNIA:
224. — Rancho panteón. 233. — El parador del Infierno. 240. — Doble rescate.

En Colección COLORADO:
83. — Cita en el desierto. 106. — ¡Bandidos!



CAPÍTULO PRIMERO

El coche se me paró cuando más falta me hacía.

Cinco minutos después de haber comprobado que la avería, por los medios de que yo disponía en aquellos momentos, era irreparable, estaba maldiciendo a todos los fabricantes de automóviles en general y al del mío muy en particular. La cosa no era para menos.

Estábamos a mediados de noviembre y el invierno se anunciaba particularmente crudo. La noche se acercaba a pasos agigantados, obscureciendo el ambiente con rapidez, me encontraba a doce millas de mi punto de destino y, por si fuera poco, caía un espeso aguanieve que reducía considerablemente la visibilidad, a la par que abrillantaba el asfalto de la carretera.

Miré en torno mío. Todo eran pinos y otros árboles de la misma familia, formando un espeso conjunto boscoso que apenas si dejaba pasar la vista a una docena de metros fuera del borde de la carretera. Lo que no eran pinos, eran rocas y canchales, distribuidos aquí y allá caprichosa, irregularmente, como una siembra pétrea esparcida al albur por la mano de algún gigante. El suelo, muy húmedo, naturalmente, estaba sembrado de agujas de pino y en muchos lugares crecían en profusión los matorrales. En verano y

con sol, el paisaje, quizá podría haber sido atrayente; en invierno, sin sol, con nubes bajas y obscuras y con aquella llovizna tan próxima a la nieve, el panorama repelía y desagradaba, poniendo estremecimientos en el cuerpo que no eran debidos tan solo al frío.

Esperé un buen rato, quince, veinte minutos quizá, durante los cuales consumí un par de cigarrillos. No pasó ningún vehículo por aquella intransitada carretera, lo cual me hizo pensar que si tenía que pernoctar a bordo del coche me iba a divertir bastante.

Las sombras crecían rápidamente. El agua y la nieve, a partes casi iguales, continuaban cayendo de modo persistente y monótono, movidos a veces por intermitentes rachas de un aire frígido y desapacible.

De pronto, cuando ya empezaba a echar a suertes conmigo mismo para quedarme allí o caminar hasta la población más cercana, divisé una luz.

Fue apenas un chispazo, de una duración similar a la de un relámpago, cuya misma brevedad me hizo dudar de la integridad de mis sentidos. Pero su repetición en aquella semioscuridad precedente a la noche, me hizo comprender que cerca de allí vivía alguien. Esto significaba socorro para mí y acaso también para mi coche.

No lo dudé dos veces. Me puse el abrigo, me encasqueté el sombrero y salí fuera del todavía confortable refugio del auto. Las rachas de aire helado y aguanieve me asaltaron al instante, haciéndome tiritar de pies a cabeza.

Me subí el cuello del abrigo y sin más empecé a caminar, tratando de aprovechar aquellos pocos minutos de luz que aún me restaban. Empecé a subir una pendiente irregular, llena de pedruscos y vegetación repartidos equitativamente. El follaje de los pinos y abetos me protegió algo de lo que caía del cielo, más no así del frío.

Unos minutos después me hallaba en la cima del cerro, situada a unos cuarenta metros de altura sobre la carretera. En la cima había una amplia explanada, completamente despejada, y en su centro un viejo caserón de piedra, con tejado de pizarra gris a dos vertientes y con varias ventanas, todas ellas herméticamente cerradas, a lo que se podía ver desde el borde del bosque. A la izquierda del caserón había un edificio más pequeño, sin ventanas, con solo una gran

puerta en su centro, destinado evidentemente a cochera o almacén de herramientas y trastos viejos.

La puerta de la casona estaba frente a mí. Después de haber normalizado mi respiración, un tanto agitada por los esfuerzos hechos para subir aquella endiablada pendiente, crucé la explanada y llegué a la puerta, protegida por una breve marquesina en forma de tejadillo, también de pizarra. Vi a la derecha una anilla pendiente de una cadena y tiré de la primera.

Los débiles ecos de una campanilla sonaron al otro lado de la madera de la puerta. Esperé un poco.

La puerta se abrió casi un minuto después, cuando ya empezaba a desesperar de que hubiese alguien en el interior de la casa.

Pero había alguien. ¡Y qué alguien!

Era una mujer, casi tan alta como yo, que mido uno ochenta y cuatro. Bueno, los tacones de sus zapatos ayudaban bastante, pero aun sin ellos hubiera parecido igualmente alta.

Morena, su pelo color ala de cuervo le caía en largas ondas por los hombros, enmarcando un rostro de belleza inigualable, en cuyo óvalo, de blancura marmórea, destacaban unas pupilas verdosas que parecían fosforescer en la penumbra, y unos labios rojos y pulposos, que parecían pedir a gritos ser besados.

Vestía un traje negro, muy ceñido, de amplio escote, que dejaba ver el nacimiento de unos senos compactos, precediendo a una cintura de una delgadez increíble. Las caderas, rotundas, de ánfora griega, se prolongaban en unas piernas largas y esbeltas, rematadas por unos zapatos negros y brillantes, con un tacón de diez centímetros de alto.

No llevaba joyas a la vista, salvo un anillo con un grueso ópalo en la mano izquierda, con la cual sostenía un candelabro de siete brazos, en el que ardían otras tantas velas. Calculé su edad en unos veinticinco o veintiséis años, pero no pude hallar ningún detalle perceptible a la primera mirada que pudiera indicarme su estado civil.

Todo esto, que me ha costado tanto describir, lo capté en unos pocos segundos. Naturalmente, mi sorpresa, en el primer instante, fue grande; jamás habría sospechado hallar una beldad semejante en aquel lugar. Luego, rehaciéndome, me despojé del sombrero y dije:

—Perdóneme, señora. Me llamo Kerryck, Clay Kerryck, y me dirigía a Cronin por asuntos de negocios. El coche se me ha estropeado en la carretera y en vista de que no pasaba ningún otro cuyo conductor pudiera, ayudarme, me resolví a venir aquí para...

Ella se echó a un lado, impasible, sin descomponer el gesto.

—Pase usted, señor Kerryck —dijo con voz grave y profunda, de melodiosas entonaciones, no obstante—. La noche está muy cerca, mejor dicho, ha llegado ya, y el tiempo es sumamente desapacible. En casa podrá recuperarse y esperar la llegada del nuevo día.

—Mil gracias, señora —dije, cruzando el umbral. Me limpié cuidadosamente los pies con el felpudo que había al otro lado de la puerta y eché a andar tras ella—. Pero no es necesario que me quede aquí; me bastaría llamar por teléfono a un amigo que tengo en Cronin.

—Lo siento —dijo la joven, sin volver la cabeza—. No disponemos de teléfono en la casa.

Ahogué una exclamación de enojo. Procuré disiparlo, contemplando el armonioso balanceo de las caderas de la morena, cuyo candelabro disipaba las tinieblas a nuestro paso. Ello me permitió advertir que el vestíbulo, grande, espacioso, carecía casi de muebles, así como las dos habitaciones subsiguientes que cruzamos antes de llegar a un gran comedor, en uno de cuyos lados había una chimenea, en la cual ardían alegremente varios troncos de encina.

—Siéntese y acomódese a su gusto —dijo la extraña mujer, cuyo nombre continuaba ignorando. Me miró con fijeza un instante—. Me gustaría proporcionarle ropa para cambiarse, pero carezco en absoluto de toda prenda masculina.

Incliné levemente la cabeza en señal de agradecimiento.

—Me bastará con el fuego —contesté, resignado ya a esperar el nuevo día en aquel lóbrego caserón.

Me acerqué a la chimenea, dejando el abrigo y el sombrero en un diván próximo. Gracias a dichas prendas, solo tenía mojados las piernas, de la rodilla para abajo, y los pies. El fuego era lo suficientemente vivo para secarme en pocos minutos y su calorcillo me hizo reaccionar muy pronto.

Mientras tanto, la joven prendió las velas de otro candelabro semejante y se alejó, dejándome solo, sin pronunciar una sola palabra.

Saqué cigarrillos y encendí uno. Permanecí pensativo, mirando la decoración en torno mío. ¿Quién era aquella mujer, de tan enigmática belleza? ¿Estaba sola?

Si era así, ¿qué hacía en una mansión tan apartada de la civilización?

Cinco minutos más tarde volvió ella. En lugar del candelabro, traía en las manos una bandeja con café y licores. Empezó a servirme en silencio, sin mirarme, sin concederme apenas atención, casi como si no existiera.

Las preguntas se me apelotonaron en la punta de la lengua, pero discreto, supe contenerlas. A fin de cuentas, no habría resultado correcto andar inquiriendo detalles de quién, en primer lugar, me daba albergue en una noche tan inclemente y, en segundo, de quien acaso no deseaba facilitármelos.

Me entregó una taza de café que saboreé, igualmente en silencio. Luego tomé una copa de un excelente coñac, y ambos líquidos obraron maravillas en mi aterido cuerpo.

—Lamento causarle tantas molestias, señora… —empecé a decir, pero ella me interrumpió con breve gesto.

—No se preocupe, señor Kerryck. Lo hago muy gustosamente.

—Mil gracias, señora. O señorita, no sé…

Ella no pareció darse por enterada de mi insinuación para declarar su nombre y estado civil. Volviendo a interrumpirme, dijo:

—Si tiene la bondad de acompañarme, le enseñaré su habitación. Repito que siento no tener ropas de hombre para prestarle, señor Kerryck, por lo que le ruego se sirva disculparme las posibles incomodidades que se verá sin duda obligado a padecer.

—Una noche pasa pronto, señora —concedí con una brillante sonrisa, que no tuvo compañera en los labios de la joven.

Ella volvió a tomar el candelabro. En el momento en que lo hacía, se oyó un gran golpe.

El ruido resonó sordamente, no obstante lo cual, el viejo caserón se estremeció hasta los cimientos. Los ojos de la joven se agitaron inquietos en sus órbitas y por unos instantes, su opulento busto palpitó desacompasadamente.

Una racha de aire hizo vibrar los cristales. El viento ululó a lo lejos. Chasqueó la rama de un pino al quebrarse.

La joven no tardó en rehacerse.

—Por favor —dijo. Eché a andar y la seguí.

CAPÍTULO II

Permanecí largo rato en mi habitación, bastante desconcertado por, lo que me estaba sucediendo. Eran las seis de la tarde, tenía ya apetito y deseaba descansar, pero nadie venía a decirme la menor insinuación de la posible cena, que ya empezaba a considerar como algo problemático y fuera de razón. No sabía qué hacer, si quedarme, allí o bajar al comedor —mi dormitorio estaba en el piso alto de la casa—, y entre tantas dudas y vacilaciones, a lo cual había que añadir el inevitable retraso que estaba padeciendo, mi humor empezaba ya a agriarse.

Finalmente, decidí echar todo por la borda y me dispuse a salir de mi dormitorio. Este se hallaba situado al final de un vasto corredor, precariamente alumbrado por una gruesa vela que la joven había colocado en un brazo con candelabro en el lado opuesto. Abrí la puerta y apenas lo había hecho, el rumor de unas voces que discutían ásperamente llegó a mis oídos.

Una de ellas pertenecía a la misteriosa joven que me había acogido a la llegada. La otra era de un hombre.

La joven trataba de defenderse. El fulano la acosaba, con muy poca cortesía, por cierto.

—No debiste haberle permitido la entrada —gruñía el tipo.

—Dijo que su coche se había estropeado. Con la noche que hace, no podía rechazarle, Hal —se defendía la morena.

—Lo mismo me da. Que se hubiera ido al infierno, Arabel —así supe el nombre de la joven—. Sabes de sobra que no me gustan las personas extrañas en esta casa.

—Lo siento, Hal, pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Ahora ya es tarde para rectificar; no podemos echarle afuera, nos haríamos demasiado conspicuos e incluso hasta sospechosos.

—Está bien. Pero ya sabes mi forma de pensar. No quiero fisgones en la casa.

—No tiene aspecto de ser lo que piensas, Hal.

—¡Oh, claro que no! —respondió el tipo con amarga ironía—.

Esos fulanos procuran enviar siempre a gente que no parezca lo que es. Lo mismo pasa con el entrometido a quién tú dejaste colar en la casa.

Hubo una pausa de silencio. ¿Qué sospechaba aquella gente? ¿Temía algo?

El individuo reanudó su irritado parlamento.

—Puede ser que verdaderamente, se le haya estropeado el coche. Pero también puede ocurrir todo lo contrario. En cualquier caso, hemos de asegurarnos de que esta noche no va a dedicarse a huronear por ahí.

—¿Y qué he de hacer, Hal?

—Yo te lo diré, Arabel —murmuró el individuo. Y, en efecto, se lo dijo, pero tan bajo, que no pude escuchar sus últimas palabras.

Me estremecí y no de frío precisamente. ¿Trataban de envenenarme aquellos tipos?

Después de unos instantes de cuidadoso cálculo, llegué a la conclusión de que no querían cometer un delito de tamaña magnitud, sino solamente inmovilizarme en mi habitación para que no saliera a curiosear por la casa durante la noche. Pero ¿qué diablos escondían con tanto interés que no deseaban fuera visto por ojos de extraños?

—Me propinarán un narcótico después de la cena, como si lo viera —dije para mis adentros.

Y eso es lo que pretendía aquella singular pareja, de la cual solo conocía la mitad femenina.

Cenamos Arabel y yo frente a frente. Si había sido ella la autora de los deliciosos guisos que me sirvió o no, es cosa que ignoro, pero la mesa de aquel caserón valía la pena, a pesar de su lobreguez y de los misterios que se encerraban en semejante lugar. Mi apetito me hizo vaciar los platos y, al concluir, Arabel me indicó que serviría el café frente al fuego.

Me preparé para lo que había de venir a continuación. La cena se había desarrollado completamente en silencio y el resto no parecía iba a desarrollarse en un ambiente más comunicativo. Acérqueme al fuego y me senté a esperar que Arabel trajera el café, lo que ocurrió momentos después.

Fingiendo ignorancia, pude notar que la joven aparecía sumamente nerviosa. Arabel sirvió los cafés y luego se sentó a mi

izquierda, a poca distancia del sillón que yo ocupaba.

Revolví la infusión con la cucharilla. No tenía la menor duda de que ya había venido preparada de la cocina, pues ella no hacía el menor ademán para tomarse su ración. Hice un poco el remolón y luego, de repente, exclamé:

—¿Qué ruido es ese?

Al oír mis palabras, Arabel se irguió en su sillón, mirándome fijamente. Pero mi vista estaba orientada hacia un punto situado a sus espaldas, por lo cual se vio obligada a girar la cabeza durante unos instantes.

—No he oído nada —dijo.

—Juraría haber oído la campanilla de llamada, señora —manifesté.

—Iré a ver, con su permiso —declaró, poniéndose en pie al mismo tiempo.

En cuanto me quedé solo, acerqué la taza de café a mi nariz y olfateé durante unos instantes. Un leve olor, amargo, llegó hasta mi pituitaria, confirmando así mis sospechas. Sin pérdida de tiempo, arrojé el café al fuego, volviendo a sentarme en el acto.

Arabel volvió momentos después. Una chispa de curiosidad brillaba en sus verdes pupilas y su rostro aparecía ligeramente coloreado.

—El café estaba excelente —dije.

Ella asintió con breve inclinación de cabeza. Pero no tocó el suyo.

Esperé prudentemente un par de minutos. Luego me puse en pie.

—Tendrá que dispensarme, señora —dije—. Estoy cansado y mañana habré de madrugar para caminar hasta Cronin.

—Lo siento mucho —contestó ella—. Por el momento, no dispongo de coche.

—Es igual —sonreí—. Así ejercitaré un poco las piernas que, entre paréntesis, buena falta me hace. Buenas noches, señora.

—Buenas noches, señor Kerryck —dijo Arabel, sin dejar de mirarme.

Subí a mi habitación y me despojé de la chaqueta, de la corbata y de la camisa. Me descalcé, pero no me quité más prendas, limitándome a meterme en la cama con los pantalones puestos. Allí había algo raro, sucedían cosas extrañas y yo quería saber qué

demonios ocurría.

Apagué la vela y esperé. El tiempo pasó tediosamente. El silencio era absoluto, salvo los intermitentes ramalazos de aire y agua que golpeaban con lúgubres chirridos contra los vidrios de la ventana.

Una hora más tarde, la puerta se abrió. Dos siluetas se dejaron ver bajo el dintel. Una de ellas, por supuesto, era Arabel. La otra pertenecía a un hombre.

Los vi claramente a través de mis pestañas. El hombre era rechoncho, con el tórax como un barril y los brazos tan largos que casi le llegaban a las rodillas. Debía ser un tipo de una fortaleza excepcional, a juzgar por lo poco que podía ver en aquellas circunstancias.

—¿Está dormido? —preguntó Hal.

—Sí.

—¿Te cercioraste de que se tomó el café?

—Sí.

—¡Hum!

—Te lo aseguro, Hal.

—¿Viste cómo se lo tomaba?

Hal era un tipo desconfiado, de ello no me cabía la menor duda.

No sé sí se dio cuenta de la vacilación de Arabel, pero yo sí advertí la leve demora de su respuesta.

—Sí.

—Mañana, en cuanto se despierte, que se largue de aquí. No me importa cómo lo consigas, Arabel; lo que quiero es que no vuelva más a esta casa.

—Lo haré, Hal.

—Bien, vámonos. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

—¡Hal! —dijo ella de pronto.

—¿Qué? —gruñó el simio.

—Esto... ¿cuándo va a terminar? Tengo ganas de que haya acabado todo. Estoy... nerviosa, excitada...

Sonó una leve risita.

—Lo comprendo, lo comprendo, querida. Cualquier mujer, en tu caso, se sentiría igual. Pero deberás tener aún un poco de paciencia, ¿comprendes?

—¿Y... cuando hayas concluido?...

—Todo habrá acabado para ti, querida —contestó Hal.

—Hace ya mucho tiempo que me vienes diciendo lo mismo —se quejó ella.

La voz del orangután se endureció de pronto.

—Las circunstancias han sido más fuertes que yo, Arabel, entiéndelo de una vez para siempre.

—Pero es que ya empiezo a cansarme...

—Pues deberás tener paciencia —le cortó el otro con tono enérgico—. ¿O acaso preferirías que el jefe de policía de Cronin recibiera una cartita que le indicara que la doliente viuda Mewse es una asesina?

La muchacha tembló, lo vi claramente.

—¡Hal!

—Entonces, obedece —declaró Hal con tono que no admitía la menor réplica—. Tú mataste a tu marido. Podrías ir a la silla por ese crimen, bien lo sabes tú. Pero yo te he librado de tan enojoso trámite y todo lo que sabes hacer es reprocharme mi forma de actuar.

—Lo... Lo siento, Hal —murmuró Arabel con voz contrita—. No volveré a recordártelo de nuevo.

—Así me gusta —dijo el simio, con tono de satisfacción—. Y ahora, vámonos de aquí; dejemos que ese pobre idiota duerma tranquilamente.

La puerta se cerró apenas pronunciada la última frase. Entonces me senté en la cama, temblando de algo más que de simple frío.

¿Era posible que una mujer tan bella fuera la autora de la muerte de su propio marido?

Me estremecí. La belleza física no siempre acompaña a la del espíritu. Sí, Arabel podía haber matado a su esposo y luego, ayudada por Hal, cuyo papel en el caserón ignoraba por completo, haber hecho desaparecer el cuerpo de la víctima. Si esto resultaba cierto, era evidente que el llamado Hal poseía alguna clase de poder sobre Arabel, para obligarla a hacer algo que ella no deseaba en modo alguno.

¿Chantaje?

Eso parecía. Un chantaje, lisa y llanamente dicho.

Hal hacía algo criminal y se aprovechaba de la muerte cometida por Arabel para obligarla a encubrir su actuación. Ahora bien, las

preguntas que uno se formulaba a continuación, de manera automática, eran: ¿A qué se dedicaba el cuadrumano? ¿En qué consistían sus delictuosas actividades?

—Bueno —murmuré algo más tarde—, y ¿por qué no averiguarlo?

Me tendí en la cama, más despierto que nunca, dejando pasar el tiempo, con el fin de contribuir definitivamente al engaño de que había hecho objeto a Hal y Arabel. Era preciso que transcurrieran algunos minutos, hasta una hora, incluso, con objeto de adormecer la confianza de la pareja. Me entraron ganas de fumar, pero evité cuidadosamente el hacerlo; estaba narcotizado, un detalle que no convenía olvidar.

Abajó, en la planta, un reloj de pared sonó gravemente. Conté sus campanadas. Doce. Doce tañidos hondos, musicales, cuyas notas se expandieron melodiosamente por todos los rincones, un tanto amortiguadas por el incesante siseo del aguanieve que continuaba cayendo en el exterior. Pensé que había llegado el momento de actuar y, sin más dilaciones, eché a un lado el embozo de la cama y poniéndome los zapatos y la camisa, me dispuse a salir del dormitorio.

En aquel mismo momento, la puerta giró en silencio sobre unos goznes bien engrasados.

Un chorro de luz amarilla penetró a través de la abertura, llegando hasta la pared opuesta. Sin embargo, la luz no era continua, sino que había algo qué rompía su reflejo.

Era una sombra, una silueta inconfundible que, en cualquier otra ocasión, habría sido motivo de broma. Pero en aquel lugar, con un tiempo semejante y cuando aún continuaban vibrando en el aire las campanadas de la media noche, el tétrico dibujo de aquella sombra hizo que mis cabellos se erizasen de espanto.



Mis cabellos se erizaron de espanto

Por otra parte, no cabía error alguno de apreciación en cuanto al significado de aquella silueta. Demasiado bien se veía lo que era. La cuerda pendiente del techo y atada al cuello del individuo, sus manos lacias y caídas a lo largo de los costados y sus pies,

divergentes y apuntando al suelo, no permitían la menor duda: se trataba de un individuo ahorcado.

El terror que me asaltó durante unos segundos fue tan fuerte que pude escuchar perfectamente el castañeteo de mis dientes. El ahorcado giraba macabramente; derecha, izquierda… izquierda, derecha; y la singular colocación de su cuerpo con respecto a la luz, que alargaba considerablemente su sombra, aumentaba aún más, si ello era posible, el tétrico efecto de su visión.

Una racha de viento golpeó repentinamente los vidrios de la ventana, haciéndome sobresaltar de modo brusco. Sacudí mi cuerpo como para darme ánimos. Los muertos no dañan, me dije, con que saliendo de mi estatismo, di un par de pasos hacia adelante, tratando de alcanzar la puerta para salir con objeto de investigar.

En el momento en que lo hacía, divisé con el rabillo del ojo una sombra a mi derecha.

Me volví rápidamente, justo en el instante en que la luz se extinguía de golpe.

CAPÍTULO III

El cálido jadeo de una respiración humana llegó hasta mis oídos. Instintivamente, retrocedí un paso a la vez que levantaba el brazo derecho en ademán protector.

Mi gesto resultó muy oportuno, porque en el mismo momento, algo duro y contundente me golpeó en el hombro derecho, entumeciéndomelo y privándome del uso del brazo de dicho lado. Mi atacante emitió un gruñido de rabia al ver frustrados sus propósitos.

El hombre volvió a saltar sobre mí. A pesar de tener un brazo inutilizado, pude defenderme por el expeditivo procedimiento de levantar el pie y clavárselo en algo blando, el vientre, supongo. Mi enemigo lanzó un gruñido, a la vez que algo se le desprendía de las manos y chocaba sordamente contra el suelo. Debía ser, supongo, la porra con la cual había tratado de golpearme.

Lo que más terror me infundía era tener que moverme en plena obscuridad. No veía absolutamente nada y me parecía hallarme sumido en un mar de fluida e impalpable tinta. Era tanto como si me hubiese quedado ciego de repente y me sentía tan débil y desvalido como un niño recién nacido.

Sin embargo, era mi propia vida la que estaba en juego y tenía que defenderla. El hombre volvió a la carga y nuevamente lo rechacé con el pie. Masculló una blasfemia y disparó su puño derecho, alcanzándome de refilón en la mandíbula.

Retrocedí, atontando a medias, hasta que mi espalda chocó contra una de las jambas de la puerta. De modo maquinal, levanté a la vez ambos brazos, protegiéndome el rostro con ellos.

Actué bien oportunamente por cierto, porque en el mismo momento, los puños del desconocido —¿era el gorilesco Hal?—, chocaron contra mis brazos. Disparé el izquierdo, sintiendo la viva satisfacción de escuchar el crujido de unos cartílagos.

El golpe había sido casual, pero certero. Mi enemigo lanzó un aullido de rabia y perdido por completo el dominio de sí mismo, se

arrojó de nuevo contra mí, dispuesto a eliminarme de una vez.

Pero yo me había ido recobrando poco a poco. Soporté un golpe en el pecho y otro en el estómago, que me hicieron ver las estrellas —y no es metáfora—. Alargando las manos, con un completo desprecio de las precauciones, conseguí agarrar uno de los brazos de mi antagonista.

El hombre renegó, tratando de desasirse de mi presa. Era ya inútil, porque no estaba dispuesto a soltarlo. Metí el hombro derecho, a la vez que giraba violentamente.

El resultado fue que mi enemigo se encontró de pronto volando por los aires. Lanzó un chillido desgarrador que me heló la sangre en las venas, sin que, de momento, alcanzase a comprender las causas de tal pánico.

Pronto pude comprenderlo al escuchar el tremendo ruido del impacto de su cuerpo contra el pavimento del vestíbulo. Unos huesos crujieron de modo espantoso y el grito se cortó en seco.

Me puse a temblar, a la vez que la excitación me hacía transpirar copiosamente. Luego, procurando dominar el temblor de todos los miembros de mi cuerpo, empecé a buscar cerillas para procurarme un poco de luz.

En aquel momento oí un leve ruidito a mis espaldas. Quise volverme, pero antes de que lo hubiera conseguido, algo duro me golpeó la nuca.

Las rodillas se me doblaron de pronto. Caí al suelo, aunque sin haber perdido del todo el conocimiento. No obstante, me sentía sin fuerzas para responder al próximo ataque de mi segundo enemigo.

Pero no hubo tal ataque. Por el contrario, unos brazos fuertes me cogieron por debajo de las axilas, arrastrándome hacia el interior del dormitorio. Luego me sentí izado a pulso y arrojado sobre la cama. A continuación, el desconocido se marchó, cerrando la puerta de la habitación.

Permanecí largo rato sumido en un estado de semiinconsciencia, que si bien me permitía razonar parcialmente, en cambio no me dejaba mover tan solo un dedo. Lentamente, mis fuerzas fueron volviendo a la normalidad.

Pero ya no tenía ganas de más aventuras. ¡Al diablo con la curiosidad! No me importaba en absoluto lo que pudiera suceder en aquella maldita casa. Mi deseo más ferviente era que llegase el día

para emprender la marcha a pie y llegar a Cronin cuanto antes.

No sé cuánto rato transcurrió antes de que por segunda vez en la misma noche volviera a abrirse la puerta. Terriblemente sobresaltado, volví a sentarme en la cama, buscando un arma para defenderme, empeño completamente inútil, puesto que no tenía nada a mano que pudiera servirme a tal objeto.

—Silencio —murmuró una voz de tonos acariciadores—. Por favor, no haga el menor ruido. No quiero causarle ningún daño.

Una oleada de intenso perfume invadió la habitación. Comprendí en el acto que mi nuevo visitante era la bella y enigmática Arabel Mewse. Aguardé, con los nervios en tensión, percibiendo el leve siseo de sus pies al deslizarse con suave seguridad por el pavimento del dormitorio.

Arabel dejó sobre la mesilla algo que tintineó argentinamente. Luego se sentó a mi lado en la cama.

—¿Qué… qué es lo que… quiere usted? —pregunté con voz ronca.

—Silencio, por favor —repitió ella.

La sentía muy cerca de mí. Podía percibir claramente el calor de su cuerpo bien formado y el leve susurro de su respiración.

—Clay —murmuró de pronto.

Unos brazos largos, fríos y flexibles, se enroscaron en mi cuello. Sentí contra mi pecho el ardoroso contacto de su seno firme y opulento. Sus labios cálidos y pulposos buscaron los míos con avidez.

—Clay —repitió, un segundo antes de volcar en el beso toda la furia de su pasión.

Sus manos se crisparon repentinamente sobre mi nuca y todo cuanto me rodeaba, el terror, la noche, la obscuridad, el mal tiempo, desapareció absorbido por aquel estallido de amorosa locura.

CAPÍTULO IV

Una mano me agarró por el hombro, zarandeándome con fuerza.

—¡Arabel! —murmuré.

—Vamos, vamos —gruñó la voz de un tipo—. ¿Es que todavía no se le ha despejado la pítima, hermano?

Abrí los ojos. Mis pupilas tardaron algunos segundos en hallar el foco correcto. Cuando lo hube conseguido, pude darme cuenta con infinito asombro que ni era Arabel la persona que me estaba hablando, ni me hallaba tampoco en mi lecho, sino en mi automóvil.

El hombre que me hablaba vestía el uniforme de la policía caminera del Estado y su rostro carecía de expresión alguna de amistad.

—¿Qué... qué pasa aquí? —pregunté, sintiendo en mi rostro el golpe de una fría racha de viento a través de la ventanilla abierta.

—Eso, usted debe saberlo mejor que yo. Amigo —declaró, arrojando una mirada al interior del vehículo—, vaya, manera de beber.

Seguí con la vista la dirección de la mirada del policía. A mi lado, sobre el asiento delantero, había una botella vacía de licor, sin tapón y situada en una posición por completo inequívoca.

—Yo no he bebido —protesté airadamente—. Ese licor...

Me callé de repente. ¿Cómo diablos iba a contarle al policía una historia medianamente convincente? ¿Cómo podía relatarle lo que había sucedido entre Arabel y yo en mi dormitorio, después de que ella me hubo servido una copa?

Sus besos me habían hecho caer en la trampa del narcótico con mucha mayor seguridad que si me hubieran encañonado con una pistola. Sus brazos, llenos de amorosa pasión, en la cual había creído ingenuamente en el éxtasis del momento, me habían hecho olvidar todo lo que no fuera ella. Y este truco no había fallado; había caído con la credulidad propia de un chiquillo de seis años.

Por otra parte, me sentí incapaz de relatar al policía las

aventuras de la noche anterior. ¿Cómo contarle la conversación cruzada entre Arabel y Hal, la visión del ahorcado, mi lucha con el desconocido que, seguramente, había terminado con la muerte de este, mi desvanecimiento posterior, y en fin, el último encuentro con la joven? ¿Quién, en circunstancias normales, se lo hubiera creído?

—¿A... a qué distancia estamos de Cronin? —pregunté, sintiendo la lengua espesa y torpe. Los efectos del narcótico, sin duda.

—A cinco millas —contestó el policía. Luego, con tono profesional, me pidió la licencia de conductor que examinó detenidamente. Llenó una hoja de su talonario de boletos de comparecencia, tomó nota de mi nombre, profesión, residencia y la matrícula del coche y terminó—: Mañana, a las diez de la mañana, deberá comparecer ante el juez Ryan para responder de su conducta.

—Sí, señor —respondí resignadamente, tomando el duplicado de la papeleta que me ofrecía el agente y que guardé en uno de mis bolsillos.

El aire fresco de la mañana acabó de despejarme. Puse en marcha el motor del coche y arranqué lentamente, conduciendo con precaución. Mis ideas estaban claras, pero mis músculos no respondían aún debidamente.

No fue sino hasta haber recorrido cerca de una milla que me di cuenta de un importante detalle. ¿Quién demonios me había reparado el auto?

Sacudí la cabeza, renunciando de momento a pensar más sobre el asunto. Era otro misterio como los muchos que me habían sucedido la noche precedente. ¿Llegaría algún día a conocer la verdad de todo?

En medio de mis preocupaciones, una sonrisa apareció en mis labios sin poderla contener. El recuerdo de los gratos momentos transcurridos junto a la deliciosamente apasionada Arabel borró cualquier otra evocación de signo negativo. Ni siquiera el pensamiento de que era la asesina de su marido consiguió desvanecer de mis labios la sonrisa. Por otra parte, ¿quién podía concebir tal cosa en una mujer de semejante belleza?

¿Volvería a verla de nuevo? me pregunté, en tanto el automóvil me acercaba rápidamente a Cronin. Una pregunta para la cual no

supe hallar la menor respuesta.

Dos horas más tarde había conseguido un baño en el mejor hotel de Cronin, me había afeitado y vestido con ropas limpias y me hallaba frente a mi amigo Rod Saxton, prominente abogado y una de las primeras figuras de la vida política y social de la ciudad.

En tiempos, Rod y yo habíamos tenido negocios en común. Después, nuestras rutas se habían separado por completo, lo cual no significaba que la amistad existente se hubiese roto, ni mucho menos. Todavía podía pedirle yo un favor, por elevado y costoso que fuera, y viceversa; aún subsistían los lazos que se habían anudado en nuestra época universitaria.

Rod se alegró infinito de verme. Después de los primeros saludos, le expuse el motivo de mi visita a la ciudad. Prometió ayudarme con todas sus fuerzas, y al terminar, sin más preámbulos, le relaté todo cuanto me había sucedido en el viejo caserón, añadiendo el colofón de mi encuentro con el policía caminero, como así mismo la ocultación que había hecho a este de los sucesos ocurridos menos de veinticuatro horas antes.

Al concluir mi relación, Rod se quedó sumamente pensativo. Acariciόse unos instantes el mentón con la mano y luego, todavía en silencio, volvió a llenar nuestros vasos.

—Desde luego, es la primera noticia que tengo de que el caserón esté habitado. Y supongo que aquí, en la ciudad, causará también bastante sorpresa cuando se sepa.

—¿Es necesario que se divulgue? —inquirí.

Rod me miró con expresión sarcástica.

—¿Tienes interés en mantener el silencio, Clay?

—Por supuesto —repuse sin pestañear.

Mi amigo volvió a sonreír.

—Todavía recuerdo cuando montamos aquella agencia detectivesca.

—Nos fue bastante bien en el negocio, recuérdalo.

—Desde luego. No tengo queja. Prácticamente, aquella puede decirse fue la base de mi actual prosperidad.

—Entonces, no tendrás inconveniente en que yo curiosee un poco para saber qué diablos ocurre en ese endiablado caserón.

—En absoluto. Es más, me gustaría, incluso, acompañarte, pero mis obligaciones me lo impiden.

—Trataré de arreglármelas yo solo, Rod, gracias por tu ofrecimiento, de todas formas. A fin de cuentas, dispongo de algunos días y no me importa perderlos de esta manera.

—Te ha gustado la señora Mewse, ¿eh? —sonrió mi amigo.

Entorné los ojos con gesto evocador.

—¿Y a quién no? —murmuré. Hice una corta pausa—. Dime, Rod, ¿qué es lo que tú sabes acerca de ella?

—Poca cosa. Se casó con Ronald Mewse hará unos cinco años, es decir, cuando ella acababa de cumplir los veinte. Vivían en la ciudad; él, Mewse, tenía un importante negocio, que les permitía procurarse todos los lujos. Pasaban los fines de semana en el caserón la mayoría de las veces, aunque otras, cuando venía el buen tiempo, se iban de camping. El esposo era muy aficionado a la vida al aire libre y a Arabel no le disgustaba ese deporte.

—¿Cuándo murió Mewse?

—Hace un par de años. Enfermó casi de repente y murió al cabo de ocho días de enfermedad. Los médicos no pudieron hacer nada en su caso.

—Y la viuda, naturalmente, quedaría muy apenada.

—Supongo.

—¿Cómo que lo supones? ¿Es que no lo sabes con certeza?

—Francamente, no. Arabel desapareció de Cronin apenas celebradas las honras fúnebres. La noticia de su regreso y sobre todo al caserón, sin dejarse ver en la ciudad, me ha sorprendido enormemente. ¡Cómo sorprenderá a toda la ciudad, es decir, al círculo de sus antiguas amistades, cuando se sepa que está aquí de nuevo!

—Posiblemente —concordé—. Oye, Rod, hablando con entera franqueza, ¿tú crees que Arabel llegase a asesinar a su esposo?

Rod contempló pensativamente el fondo de su vaso.

—En los últimos tiempos —repuso—, se había hablado, rumores nada más, sin base sólida, de que ella y Ronald andaban un poco a la greña. Pero no hay nadie que pueda comprobarlo. Además, si de cada matrimonio que anda un tanto desavenido, uno de los cónyuges se dedicase a matar al otro, los sepultureros tendrían que trabajar las veinticuatro horas del día. Francamente, se me hace muy cuesta arriba admitir tal posibilidad, Clay.

—Pero yo se lo oí claramente a Hal, el tipo con aspecto de

gorila.

—Quizá. ¿Quién sabe? Repito que no es posible afirmar nada, aunque mi opinión es que Ronald Mewse murió de causas naturales. Le asistieron los mejores médicos de la ciudad.

—Sí, claro —murmuré lentamente. De repente, pregunté—: ¿Qué sabes tú de ese Hal?

—Nada. No le conozco. No le he visto en mi vida.

—¿De dónde lo habrá sacado Arabel? —pregunté en tono apagado. Luego me puse en pie—. Gracias por todo, Rod. Te veré cualquier otro rato.

—A propósito —dijo mi amigo—. Pasado mañana celebramos el cumpleaños de mi esposa. Ella te conoce aunque solo de referencias. Le agradaría personalizar ese conocimiento, Clay.

—Iré, no faltaría más —estreché su mano—. Hasta pasado mañana, pues, Rod.

Salí del despacho de mi amigo cuando eran ya las cuatro de la tarde. Durante algún rato deambulé al albur por las calles de Cronin, ciudad que desconocía por completo. Luego, viendo que se hacía ya de noche y deseando pasar el tiempo hasta la hora de la cena, me metí en el primer cine que me salió al paso.

Proyectaban una película cómica, que me hizo reír bastante y olvidar por completo mis preocupaciones. La película acabó y la proyección empalmó con un noticiario de actualidades.

Al cambiar el programa, mi atención en la pantalla se descentró un tanto. Esto me permitió, notar otras cosas que antes no me había dado cuenta.

Una de ellas era la ausencia casi absoluta de público. Calculo que estaríamos no más allá de veinte personas en el patio de butacas, todas ellas separadas bastante entre sí.

Una de dichas personas, sin embargo, se encontraba dos filas más adelante y unas cinco o seis butacas a mi izquierda. Era una mujer y la obscuridad me hubiera impedido reconocer su identidad, a no ser por el sutil perfume que emanaba de su cuerpo y que me llegó de repente a la pituitaria con la potencia de un impacto de obús.

Un súbito estremecimiento sacudió mi cuerpo de arriba abajo.

¡Arabel! ¿Qué hacía en Cronin, a semejante hora y en tal lugar?

Inmediatamente me olvidé de todo cuanto me rodeaba,

centrando exclusivamente mi atención en la observación de la muchacha. Arabel tampoco parecía muy interesada en lo que sucedía en la pantalla, a juzgar por las furtivas miradas que arrojaba con frecuencia al pasillo de butacas.

Mi primera idea fue la de sentarme a su lado y abordarla en el acto acerca de lo sucedido la noche anterior. Después, pensándomelo mejor, resolví que lo más práctico sería observarla con todo cuidado, procurando no perderme el menor de sus movimientos.

Mi paciencia se vio recompensada cosa de diez minutos más tarde. Un hombre, cuya silueta me indicó claramente no era el gorila de Hal, caminó lentamente por el pasillo, mirando con suma atención a un lado y a otro, hasta descubrir a la muchacha. Entonces se sentó en la butaca contigua.

Sus cabezas se juntaron durante unos instantes. No pude escuchar lo que hablaban, pero dos minutos más tarde, Arabel y el desconocido se pusieron en pie y abandonaron el local.

Salí tras ellos, procurando adoptar en todo momento un aire natural e intrascendente. Sin embargo, y puesto que el tiempo lo permitía, me subí el cuello del gabán a la vez que bajaba el ala del sombrero hasta los ojos. Mi aspecto de conspirador me hizo sentirme ridículo por unos instantes, más pronto olvidé aquel detalle, por otra parte carente en absoluto de importancia.

Arabel y su desconocido acompañante caminaron durante un par de manzanas a lo largo de la acera. De pronto, ella se detuvo, negándose a seguir adelante.

El tiempo era desapacible en extremo y como ya resultaba un poco tarde, los peatones eran muy escasos. Los coches, tampoco demasiados, circulaban raudamente, barriendo con los haces de sus reflectores la pulida superficie del mojado asfalto. El viento soplaba a rachas, penetrando entonces hasta los huesos.

Me detuve también, acogiéndome a la protectora sombra de un portal. Desde unos diez metros de distancia pude ver los gestos de la pareja, aunque no me fue posible escuchar lo que hablaban. Solo conseguí ver los violentos ademanes del tipo, que instaba a Arabel para continuar el camino, a lo cual ella, se oponía con no menos enérgicos gestos de su cabeza.

Vacilé. No sabía qué hacer, si intervenir o permanecer

prudentemente en la sombra, aguardando expectante el desenlace del incidente. Pero una súbita variación del mismo me hizo tomar un partido.

El fulano agarró por el brazo a la muchacha y trató de llevársela a la fuerza. Arabel gesticuló violentamente, tratando de desasirse. Escuché su voz, pero no conseguí identificar las palabras pronunciadas.

De pronto, la joven logró zafarse del acoso del desconocido. Dio media vuelta y echó a correr. Sus tacones repiquetearon sobre el duro pavimento.

El tipo renegó soezmente y se lanzó en su persecución. Era más ágil que Arabel, cuya marcha, por otro lado, se veía obstaculizada a causa de la estrechez de su falda. Cualquiera habría advertido en el acto que la muchacha sería alcanzada antes de recorrer veinticinco metros.

Entonces salí de mi escondite. Arabel pasó por mi lado.

—No temas —dije—, estoy aquí...

Al oír mi voz, ella se detuvo casi en seco, al mismo tiempo que sus ojos se, desorbitaban por el asombro.

—¡Clay! —exclamó, tremendamente sorprendida.

—El mismo —respondí—. Un momento, nena; antes de seguir adelante, voy a resolver un pequeño problema.

Y me enfrenté con el fulano, que ya cargaba sobre mí.

—Quieto —dije—. No me gusta su manera de actuar, con que ya se está largando de aquí, antes de que le machaque las narices.

El tipo frenó tan bruscamente, que pude escuchar el chirrido de sus tacones sobre la acera. Me extrañó no oler a goma quemada, tal fue su manera de detenerse.

Me miró hostilmente. Era un individuo relativamente joven, de aspecto poco agradable y nada endeble, a lo que parecía.

—Apártese —gruñó.

—No —respondí—. ¿Qué tal si continúa su camino y deja en paz a esta dama que se niega a acompañarle?

Los dientes del fulano rechinaron estridentemente. Por toda respuesta, disparó su puño derecho, intentando alcanzarme en la mandíbula.

Pero yo ya estaba prevenido. Paré el golpe y luego, antes de que pudiera rehacerse, le aticé un fenomenal izquierdazo en el mentón

que lo lanzó a tres o cuatro metros de distancia: Dio media vuelta sobre sí mismo y terminó cayendo al suelo, apoyado sobre las manos y las rodillas a la vez.

Avancé un par de pasos hacia él, dispuesto a continuar si era necesario. No hubo tal; el tipo limitóse a ponerse en pie y tras arrojarme una mirada cargada de cianuro, se alejó con paso vacilante, desapareciendo poco después en la bocacalle más próxima.

Una vez estuve, seguro de que el panorama estaba despejado, giré en redondo sobre mis talones. Aquella era la ocasión que había ansiado; me enfrentaría con la joven y...

Mis ilusiones se disiparon bien pronto. Una mueca de amarga decepción curvó mis labios.

¡Arabel había desaparecido sin dejar el menor rastro!

Busqué, pero inútilmente. Lo hice más por tranquilizar mi conciencia que porque supiera que tal búsqueda iba a dar frutos. Decepcionado, lleno de rabia y amargura a un tiempo, hube de reconocer que Arabel, en lugar de quedarse a darme las gracias por haberla librado de su acosador, había juzgado que la ausencia era lo más conveniente para ella en aquellos momentos.

No tenía ya nada que hacer, al menos por aquella noche, y así hube de reconocerlo, y no sabiendo, además, a dónde había huido la muchacha, di media vuelta y me encaminé al hotel.

Cené con buen apetito, a pesar de todo. Después, subí a mi habitación, me desnudé y me metí en la cama. Intenté pensar en Arabel y los problemas que su conocimiento me había planteado, pero el sueño me venció antes de que hubiera podido efectuar un par de razonamientos.

Cuando me desperté, era ya de día. Demasiado temprano, sin embargo, porque acababa de amanecer. Además, no me había despertado por mi propia voluntad.

CAPÍTULO V

Eran tres tipos los que había en mi dormitorio, todos ellos con un común distintivo: abrigos con el cuello subido y sombrero encasquetado hasta las cejas y la mano derecha en el bolsillo del mismo lado. Parecían tres ejecutores y quizá no yerre demasiado al sentar tal afirmación.

No puedo decir gran cosa de su aspecto físico. Sus rostros apenas eran visibles por el detalle ya mencionado, y por otra parte, su complexión no ofrecía nada de particular. Pero el silencio que guardaban me causó frío.

—Vístase, pronto —dijo uno de ellos con voz bronca.

Fruncí el ceño.

—¿Qué diablos hacen en mi habitación? Lárguense de aquí antes de que llame a la policía...

Uno de ellos movió el brazo derecho. Su mano salió a la luz, armada con un revólver de caño corto.

—Vístase —repitió.

La amenaza era patente. La lengua se me secó repentinamente dentro de la boca.

Eché a un lado el embozo y comencé a ponerme las prendas. Quise ser lento, pero no conseguí ninguna ventaja con ello. Aquellos fulanos permanecían estólidamente, indiferentes a mi tardanza.

Cuando entré al cuarto de baño, el de la pistola me siguió. Le miré airadamente, pero él hizo caso omiso de mi silenciosa protesta.

Terminé de equiparme. Entonces pregunté:

—¿A dónde vamos?

—Fuera de Cronin —respondió uno.

Su acento me estremeció.

—¿Por qué? —inquirí, haciendo acopio de valor.

—Usted estorba aquí.

—Bien, pero el caso es que no quiero marcharme.

—Ya lo sabemos. Por eso hemos venido.

—Entiendo —murmuré. Busqué con la vista un medio de

escapar, mas pronto hube de advertir la futilidad de mi intento. El del revólver me tenía bien cubierto, en tanto que los otros dos flanqueaban la puerta de modo que no pudiera pasar entre ellos ni por sorpresa.

—Eche a andar —dijo el de la pistola. Y agregó una sólida advertencia—. No intente llamar la atención, no haga ningún gesto extraño. Recuerde en todo momento que tres pistolas le están encañonando continuamente y que pueden meterle en el cuerpo dieciocho balas antes de que haya terminado de decir “hola”.

Tragué saliva. El tono del pistolero era tranquilo, pero sus palabras parecían salir de una refrigeradora.

—Está bien —dije. Y salí.

Nos encaminamos al ascensor en silencio. Dos iban a mis costados y el tercero detrás. La huida resultaba absolutamente imposible.

Nuestro aspecto resultaba absolutamente innocuo. Atravesamos el vestíbulo y salimos al exterior. Mi coche estaba aparcado frente a la puerta del hotel.

—Suba —ordenó uno de los bandidos.

Me hicieron pasar al asiento posterior, situándome entre dos de ellos. El tercero tomó el volante sin siquiera pedirme las llaves, lo cual me hizo suponer que había establecido un puente en los cables eléctricos.

El auto arrancó, partiendo con velocidad moderada. Había cesado de caer agua, pero la humedad persistía y además, las nubes continuaban bajas, amenazando con descargar en cualquier momento su frígido contenido. Un día especial para…

Sentí un súbito temblor en todos mis miembros. ¿Para qué resultaba tan especial el día? ¿Para dar un paseo, que era lo que estábamos haciendo en aquellos momentos? Demasiado conocía el significado de la palabra en compañía de aquel trío de forajidos. Estaban decididos a librarse de mí y no les importaban los medios con tal de conseguir sus propósitos.

Nos cruzamos con algunos vehículos, sin que ocurriera nada de particular. Sus conductores no se dignaron arrojarnos una mirada tan siquiera. Y a cada vuelta de las ruedas, yo sentía que me iba acercando al final del viaje.

El silencio era completo en el interior del vehículo… En un par

de ocasiones intenté hacer alguna pregunta a mis custodios, sin recibir como respuesta otra cosa que un desdeñoso bufido. Opté por callarme, ya que veía que estaba perdiendo el tiempo lastimosamente.

Al cabo de unos quince minutos el coche se detuvo. El lugar era fragoso, salvaje. La carretera atravesaba por una especie de cañón de poca altura, cubierto de pinos, rocas y breñas. El frío de la madrugada caló mis huesos.

—Apéese —ordenó uno de los sicarios, después de haberlo hecho él mismo. Ya tenía su revólver en la mano.

Le miré fijamente.

—Antes deseo saber qué es lo que van a hacer conmigo —exclamé perentoriamente.

Algo me golpeó duramente bajo la oreja derecha. Había olvidado al otro pistolero que estaba a mi lado. Un ramalazo de dolor me perforó el cerebro, a la vez que sentía mis piernas convertirse en gelatina.

—Le han dicho que se baje —gruñó el fulano.

Trastabillando, puse pie en el suelo. Los dos individuos estaban flanqueándome, en tanto que el conductor continuaba en su puesto, con el motor del automóvil todavía en marcha.

—Suba —ordenó uno de los forajidos, indicándome el talud.

Me humedecí los labios con la lengua. Ahora ya estaba claro lo que pretendían hacer conmigo. Pero era inútil suplicarles compasión. Estaban a sueldo de alguien que les había ordenado suprimirme y bajo ningún concepto habrían accedido a liberarme.

Emprendí, pues, el ascenso del terraplén, agarrándome con las manos a los salientes rocosos para poder hacerlo mejor. Los tipos eran listos; no se colocaron directamente detrás de mí ni tampoco subieron los dos a la vez. Uno se quedó abajo, vigilando la ascensión, en tanto que el otro lo hacía a mi derecha.

Cuando hubimos llegado a la cima del talud, situada a una docena de metros sobre la carretera, el pistolero que me había acompañado me ordenó hacer alto. Entonces el otro empezó a subir.

Se reunió con nosotros treinta segundos más tarde.

—Vamos —dijo secamente; y nos adentramos por entre la espesura.

El suelo estaba chorreante y de las copas de los árboles caían

continuamente gotas de agua. Jirones de niebla se enredaban entre los matorrales que crecían profusamente por todas partes. Salvo los chasquidos de nuestros pies al caminar o el crujido de alguna ramita, no se oía el menor ruido.

Caminamos durante diez minutos. Empecé a pensar cosas raras, me parecía que la distancia era excesiva para un asesinato. Pero también les convenía cometerlo en un lugar donde los disparos no pudieran ser escuchados.

De pronto, uno de los pistoleros dijo:

—¡Alto! ¡Ya está bien!

Miré en torno mío. Frente a nosotros, el suelo hacía una depresión, enteramente cubierta de matorrales, de unos cinco o seis metros de anchura, por otros tantos de alto. Aquel era el mejor lugar para esconder un cuerpo humano. Pasarían semanas, quizá meses, antes de que algún vagabundo cruzara por aquellos lugares y lo más probable es que los meses se convirtieran en años antes de hallar el menor rastro de mi cuerpo. Las plantas crecerían sobre mis huesos y...

Me volví lentamente, resignado ya a morir. Una extraña lucidez, acompañada de un singular enervamiento, se había apoderado de todo mi ser. Me parecía estar contemplando las cosas desde otra esfera como si mi espíritu hubiera huido del cuerpo antes de tiempo.

Los dos “gangsters” sacaron los revólveres. Miré fría, desapasionadamente, las negras bocas de las armas.

—Lo siento —dijo uno de ellos—. No tenemos nada contra usted, señor Kerryck, pero nos han ordenado hacerlo.

Su pulgar echó hacia atrás el martillo del percusor. Vi que su dedo índice se curvaba en torno al gatillo.

Un segundo más y la primera bala mordería cruelmente mis carnes. Rogué porque la muerte fuera lo más rápida e indolora posible.

En aquel momento sonó una voz.

—¡Tiren las armas en el acto o haré fuego!

Los dos pandilleros se volvieron al unísono al escuchar la voz. Por mi parte, no pude contener una exclamación de asombro.

—¡Arabel!

La muchacha estaba situada a media docena de pasos de

distancia. Sus manos empuñaban con firmeza una escopeta de dos cañones y el pulso no le temblaba lo más mínimo.

—Tiren las armas —repitió.

Tenía la suya apoyada sobre la cadera. Uno de los pandilleros intentó disparar contra la muchacha, desobedeciendo sus conminaciones.

Arabel se le anticipó. La escopeta vomitó un rugido.

El pistolero aulló de modo espantoso. Soltó la pistola, al mismo tiempo que se llevaba ambas manos al rostro, completamente destrozado por la descarga. Dio unos pasos vacilante y acabó por desplomarse al suelo, sobre el que se revolcó epilépticamente, en tanto que de su garganta brotaban unos gruñidos inarticulados, infrahumanos. De pronto se quedó inmóvil y sus miembros se relajaron con la definitiva inmovilidad de la muerte.

El otro pandillero permanecía como alelado, sin recordar siquiera que tenía un arma en la mano. De pronto, tiró el revólver, y espantado, dio media vuelta y echó a correr.

Me abalancé sobre la pistola caída y, empuñándola, apunté a la espalda del fugitivo. Disparé, pero en el momento en que lo hacía, algo duro me golpeó la muñeca, desviando el tiro a lo alto.

Me volví airadamente, mirando a la muchacha con furia.

—Esos tipos querían asesinarme —barboté. La reacción natural al saberme salvado se estaba produciendo en aquellos momentos.

—Ya no lo harán —contestó ella con firmeza.

Respiré hondo. Casi no acababa de creer en mi buena suerte. De no haberse torcido las cosas para los pistoleros, ahora tendría que estar yo en el suelo, en lugar del forajido muerto, con el cuerpo lleno de agujeros.

Miré a Arabel. Vestía cazadora y pantalones de ante, calzándose con unas fuertes botas. Su esbelto talle estaba ceñido por una canana llena de cartuchos, y llevaba pendiente del hombro un zurrón de cuero. La escopeta y su indumentaria declaraban a simple vista, sus intenciones de dedicarse al deporte cinegético.

—Has llegado en el momento oportuno —declaré. Todavía sudaba de miedo—. ¿Cómo lo has hecho?

—Salí esta mañana temprano con intención de cazar. Te vi de lejos que ibas acompañado por ese par de forajidos y os seguí, procurando no hacerme visible. Cuando advertí que vuestro... paseo

había terminado, decidí intervenir.

Su voz sonaba fría, desapasionada, como si el hecho de haber matado momentos antes no le importase en absoluto. ¿Era que ya se había acostumbrado a matar hombres?

—Toda mi vida te lo agradeceré, Arabel —dije. Avancé un paso hacia ella—. Pero en cambio...

—No me hagas ninguna pregunta, Clay —cortó ella con perentoriedad—. No contestaré.

Sus ojos brillaban con fiereza.

—¿Por qué?

—Eso es ya una pregunta, Clay. Por lo tanto, me niego a responder.

—Tu actitud no tiene nada de acogedora —me quejé. Una leve sonrisa distendió sus carnosos labios.

—No creo que, según de qué actitudes, puedas quejarte de mí —contestó significativamente.

—No me refería a eso, sino a...

Nuevamente volvió a interrumpir mis palabras.

—Antes de continuar —exclamó—, ¿no crees que sería mejor hacer desaparecer el cuerpo?

Miré al cadáver del pistolero, cuyo aspecto repelía hasta la náusea. Dominando mis aprensiones, me arrodillé a su lado, registrándolo cuidadosamente y procurando al hacerlo no mancharme con la sangre que aún fluía lentamente.

No le encontré encima nada de particular; esa clase de gente no suele llevar consigo objetos o documentos que puedan comprometerlos en un momento dado. Solo tenía un par de cientos de dólares, dos dados, cargados, seguramente, un mazo de cartas usadas, cigarrillos y fósforos y un puñado de cartuchos de repuesto para el revólver que yacía a su lado.

Guardé los cartuchos, pues había resuelto quedarme con una pistola. Tal como se estaban poniendo las cosas, en lo sucesivo ya no podría ir descuidado por el mundo.

Como ya tenía una pistola, no quise quedarme con la otra, la cual arrojé al centro de los matorrales. Acto seguido empujé con las manos el cuerpo del forajido, hasta hacerlo llegar al borde de la concavidad. Le pegué un último empujón con el pie y el cadáver rodó y rebotó hasta llegar al fondo. Atravesó un espeso matorral,

cuyas ramas se doblaron un momento, rehaciéndose después para ocultarlo casi por completo.

Me limpié las manos maquinalmente en los faldones del abrigo.

—Bueno —declaré—, ya está. Y ahora...

Al mismo tiempo que hablaba, había girado sobre mí mismo para enfrentarme con la muchacha. Entonces pude ver que estaba solo.

Arabel había desaparecido por segunda vez. Lo impenetrable del bosque hacía punto menos que imposible emprender la búsqueda.

Sacudí la cabeza, con aire defraudado.

—Tendré que empezar a acostumbrarme a sus apariciones y desapariciones —rezongué, a la vez que, resignado, emprendía el camino de vuelta a la carretera.

CAPÍTULO VI

Rod Saxton se pellizcó el labio inferior, hondamente pensativo y con cara de estar muy preocupado por todo cuanto le había relatado.

—Eso que me cuentas es muy grave, Clay.

—No he exagerado tan siquiera en una coma, Rod. Todo es absolutamente cierto, tal como te lo he relatado.

—Por supuesto. Además, el cuerpo del forajido estará allí todavía para apoyo de tus afirmaciones.

—Y su revólver. Lo llevo encima. Mientras esté en Cronin, no pienso salir a la calle desarmado.

—¿Quieres que hable con el jefe de policía? Millard Witt es buen amigo mío...

Levanté la mano.

—En absoluto. Prefiero mantener el incógnito, al menos por algún tiempo.

Rod sonrió.

—Resabios de tus antiguos tiempos de detective privado, ¿eh?

—Así es —concedí con una sonrisa. Y en aquel momento se abrió la puerta de la estancia.

—¿Molesto? —dijo una voz de indudables matices femeninos.

Los dos nos volvimos al mismo tiempo. Una mujer penetró en el cuarto.

—¡Querida Emily! —Rod avanzó hacia su esposa, a la cual besó tiernamente en las mejillas—. Ven, que conocerás personalmente a uno de mis mejores amigos.

Tomó a su esposa por el talle y la trajo hasta mí. Ella me alargó una mano, larga, suave, cálida y estrechó calurosamente la mía.

—Querida Emily —dijo Rod—, este es el viejo pirata Clay Kerryck, de quien tanto te he hablado en otras ocasiones. Clay, mi mujer.

Era verdaderamente hermosa, perturbadoramente bella. Su cuerpo, de líneas de diosa, se hallaba enfundado en un largo vestido

azul eléctrico, que dejaba al descubierto unos hombros de perfecto trazado. Su cabello brillaba como hecho de hilos de oro y bajo el doble arco de las cejas, los ojos entonaban exactamente con el color del vestido. No era muy alta, pero espléndida su anatomía suplía los pocos centímetros que le faltaban para haber alcanzado las proporciones ideales de una venus griega.

—Me siento muy honrado en conocerla, señora Saxton —dije, inclinándome para besarle la mano. Al levantarme, miré a mi amigo —. Viendo a tu esposa, le entran a uno ganas de dejarla viuda por el procedimiento más rápido posible.

Rod se echó a reír, evidentemente halagado por mis frases. Emily le acompañó en sus risas.

—Sus elogios son verdaderamente originales, Clay —dijo ella—. Y a propósito; siendo amigo de mi marido, suprime los tratamientos conmigo. Aunque no personalmente, como muy bien ha dicho Rod, te conocía ya hacía bastante tiempo.

—Gracias, Emily. Este va a ser un día señalado para mí.

—Me alegraré de ello, Clay —luego volvió el rostro hacia su marido—. Rod, los invitados están esperando.

—Perfectamente, querida. ¿Vamos, Clay?

Emily se colgó de nuestros brazos y, enlazados los tres, salimos de la habitación, alcanzando un amplio *living room*, que era donde se habían reunido los invitados que habían acudido a felicitar a la dueña de la casa.

Desde luego, Rod se codeaba con lo más granado de la buena sociedad de Cronin. Me presentaron a muchas personas, de la mayoría de las cuales no conservo siquiera el menor recuerdo. Una de ellas era una insinuante pelirroja, de curvas explosivas y ojos perversos, que se me colgó del brazo, colocándome entre ella y una copa hasta los bordes.

—Me llamo Nina —dijo—. ¿Y tú?

—Clay.

—Eres todo un tipo de hombre —murmuró con acento apreciativo—. Como a mí me gustan.

—Lo celebro infinito, Nina —contesté—. También tú eres una mujer de una pieza. ¿Soltera?

—Sí —vació media copa de un trago, sin pestañear siquiera.

—¿Qué hacen los hombres de Cronin? ¿No tienen ojos en la

cara, Nina?

—Yo diría que carecen de otras cosas —se encogió de hombros —. Pero eso ya no cuenta. Ahora, por el momento, te he atrapado a ti.

—Con mucho gusto, por mi parte. ¿No te parece que estás bebiendo demasiado?

—Quizá. Pero si no lo hago así, acabaré aburriéndome. ¡Qué asco de fiestas!

—No digas eso, Nina. Tus huéspedes podrían ofenderse.

—¡Que se vayan al cuerpo! —barbotó la pelirroja, repentinamente colérica, sin que yo supiera adivinarlos motivos de su ira—. Ojalá se hundiera ahora mismo la casa, con todos cuantos estamos en ella. ¡Qué ancha se quedaría la ciudad sin alguno de los gusanos que están aquí!

—¡Caramba! —exclamé, sinceramente admirado—. Sí que te lo has tomado a pecho, Nina.

Los verdes ojos de la pelirroja fulguraron bruscamente, en tanto que su busto subía y bajaba con inusitada rapidez, amenazando con rasgar la liviana tela que lo cubría.

—Esos bastardos, hijos de... —masculló. Vació su copa y la depositó en la bandeja de un camarero que pasaba en aquellos momentos por nuestro lado, tomando otra llena con sorprendente rapidez—. Si yo hablara... —volvió a beber. Luego soltó una risita —. A propósito; todavía no me has dicho qué haces en Cronin, Clay.

—Vine por cuestión de negocios. Rod Saxton es amigo mío.

Nina enarcó las cejas.

—¿Amigo tuyo ese...? —y soltó una palabra impublicable.

Empecé a ponerme serio. De no haberse tratado de una mujer y más aún, próxima a la embriaguez, le habría dicho cuatro cosas. No obstante, procuré portarme con urbanidad.

Sonreí untuosamente.

—No sabía que se la tuvieras jurada a mi amigo, Nina —dije—. ¿Por qué?

—Pues...

Nina no pudo seguir adelante. Alguien nos interrumpió.

Era un hombre, todavía joven, de unos treinta y cinco años, vestido con suma elegancia, cuyo negro cabello formaba un brillante casco en su ovalado cráneo. Sus cejas, picudas, y su fino

bigotito, ambos detalles fisonómicos en un rostro de palidez cerúlea, le infundían todo el aspecto de un Mefistófeles vestido con traje de etiqueta.

—Me habías prometido esta pieza —dijo el hombre.

Me pareció advertir una chispa de súbito terror en la cara de la muchacha. Pero casi enseguida, una brillante sonrisa apareció en sus labios carnosos.

—Oh, qué descuidada y olvidadiza soy, Mark. Dispénsame —se volvió hacia mí—. Clay, te presento a un buen amigo, Mark Ferguson. Mark, el señor Kerryck.

Los dos nos saludamos con sendas inclinaciones de cabeza, murmurando las frases indispensables. Luego, Ferguson añadió:

—Espero que sepa disculparme, señor Kerryck.

—Oh, por supuesto, no faltaría más, señor Ferguson —contesté urbanamente.

Tomé la copa que me entregaba Nina y contemplé a la pareja alejarse a los sones de una pieza de ritmo tropical.

La fiesta estaba en pleno apogeo. Pese a todo, hacía calor en la estancia, por lo que decidí ventilarme un poco. Y para conseguirlo, no encontré cosa mejor que salir a una terraza contigua.

La terraza era amplia y daba a un jardín, cuyas plantas y árboles quedaban sumidos en la fría obscuridad de la noche. Permanecí unos momentos refrescándome un tanto y ya me disponía a regresar al interior cuando, de repente, escuché unas voces no lejos del lugar en que me hallaba.

No hubiera hecho caso del incidente; la furtiva entrevista de dos enamorados en el jardín, lejos de miradas indiscretas, era cosa que carecía de importancia. Mas no tardé mucho en advertir que lo de entrevista de enamorados era una pura entelequia, entre otras cosas, porque mi nombre salió a relucir en la conversación.

Reconocí la voz de Nina, aunque no entendí sus palabras. El otro me pareció debía ser Mark Ferguson.

Pero el hecho de que me hubieran citado me intrigó notablemente. Sobre todo, después de las cosas que estaban sucediéndome en Cronin. En vista de ello, decidí averiguar el tema de la conversación, especialmente recordando que Nina se había sentido espantada durante un segundo al verse ante Ferguson.

Caminando de puntillas, pegado a la pared, llegué al borde de la

terraza. Nina y Ferguson estaban casi directamente debajo de mí, separados de la barandilla de piedra por un espeso macizo de boj, recortado en forma ovoidea y de una altura de casi dos metros. No podía verles apenas, aunque sí escuchar lo que decían.

De todas formas, cuando llegué, el diálogo tocaba a su fin. Y casi en el mismo momento sonó el fuerte chasquido de una bofetada.

Nina gimió dolorida. Esto no me extrañó demasiado. Por alguna razón que desconocía, Ferguson estaba irritado contra ella.

Lo que sí me extrañó fue que la bofetada no procediera del hombre, sino de la persona de quien menos hubiera podido sospechar, yo en aquellos instantes.

—Eres una perra en celo —dijo una voz sibilante, conteniendo su cólera a duras penas—. En cuanto ves unos pantalones, te desmandas y pierdes la cabeza.

La bofetada se repitió. Un brazo blanco, desnudo y enjoyado en la parte de la muñeca, destacó claramente en las tinieblas.

—Si vuelvo a oírte una palabra más… —el resto de la frase se tornó súbitamente ininteligible para mí al bajar la persona que hablaba el tono de su voz.

Me quedé helado en el mismo sitio, y no por el frío que reinaba. Mi desconcierto alcanzó límites insospechados. ¿Le diría algo a Rod? ¿Sería prudente por mi parte relatarle lo que acababa de presenciar y en lo que su esposa Emily había tenido parte tan importante?

No tuve tiempo de tomar una decisión. El ruido de la fiesta pareció atenuarse de pronto.

Volví la cabeza de modo instintivo hacia la puerta que daba a la terraza. De súbito advertí que me hallaba en una situación falsa y corrí para penetrar de nuevo en la casa.

Al hacerlo y franquear el umbral, comprendí los motivos del repentino silencio de los concurrentes.

CAPÍTULO VII

Rod había tenido razón al decir que la presencia de Arabel en Cronin causaría sensación. La joven penetró en el salón con el porte de una reina y la elegancia de una maniquí parisina. Su espléndido cuerpo estaba cubierto por un detonante conjunto rojo, que dejaba al descubierto el hombro derecho, de una blancura impar. Tenía el cabello recogido en un nudo alargado en la base de la nuca, sujeto con un broche de diamantes, que hacía juego con los pendientes que colgaban del lóbulo de sus orejas. Del cuello le pendía un brazalete que igualmente hacía juego con las joyas anteriores.

Sonrió levemente, en tanto agradecía con breves inclinaciones de cabeza los saludos que se le dirigían. Estrechó algunas manos, besó un par de mejillas femeninas y se dirigió al encuentro del dueño de la casa.

Emily pareció surgir de debajo mismo del pavimento. Las dos mujeres se saludaron efusivamente. Mientras tanto, procuré pasar inadvertido, situándome en un extremo del bar, tras las espaldas de algunos de los concurrentes a la fiesta.

Un obsequioso *barman* me alargó una copa, cuyo contenido tomé sin enterarme siquiera de qué se trataba. Fumé un par de cigarrillos, observando de continuo a Arabel, la cual parecía haberse convertido de repente en el punto neurálgico de la reunión.

Ella no me vio, ni creo, tampoco, hizo excesivos esfuerzos por hallarme. Después de un rato de observación y meditación conjuntamente, llegué a la conclusión de que no me convenía entrevistarme con Arabel en aquel lugar.

Deslizándome subrepticiamente entre los invitados, llegué a la salida. Una criada uniformada me abrió la puerta, pero antes de salir deslicé un billete de cinco dólares en su mano.

—¿Sabe usted si la señora Mewse ha traído su coche? —pregunté.

La doncella me hizo un guiño cómplice.

—Sí, señor —declaró—. Es un “Chrysler” rojo convertible. No

puede confundirse con ninguno de los demás.

—Gracias —contesté. Y salí.

Busqué el coche convertible rojo y después de abrir la portezuela, me senté en el asiento posterior, tras haber corrido los vidrios cuidadosamente con el fin de evitar el frío de la espera en lo posible. Hubieron de transcurrir dos tediosas horas antes de que la puerta de la mansión de los Saxton se abriera, vomitando conjuntamente un torrente de luz y de invitados.

Arabel fue de los últimos en salir. Los anfitriones la acompañaron hasta el coche. Por un momento llegué a temer ser visto, pero afortunadamente, no ocurrió así. Emily le dijo que se sentía muy contenta de verla nuevamente en Cronin, y Arabel contestó con unas frases por el estilo. Luego dio contacto y arrancó.

Permanecí en la sombra hasta que hubimos llegado a la carretera que conducía a la vieja residencia de la joven. Entonces hice chasquear el encendedor para prender fuego a un cigarrillo.

Arabel no se manifestó sorprendida en modo alguno por mi presencia en el coche.

—Empezaba a sospechar ya que no te dejarías ver, Clay —fue todo lo que dijo.

—¿De veras? —enarqué las cejas—. ¿Qué es lo que te hizo acudir a la fiesta, Arabel?

—Dos años y medio son más que suficientes para levantar un luto, ¿no crees?

—Por supuesto. Especialmente, cuando una misma es la autora de ese luto.

El coche ejecutó de repente un violento zigzag.

—¡Cuidado! Guarda toda su atención para el volante.

Ella aplicó el freno con brusquedad. Detuvo el auto junto a la cuneta, coyuntura que aproveché para apearme y pasar a su lado.

—Dame un cigarrillo —pidió, visiblemente nerviosa y agitada, lo cual se reflejaba en la rápida palpitación de su busto.

Fumó un par de veces, rápida, excitadamente. Luego se volvió de lado y me miró fijamente.

—¿Qué es lo que sabes tú referente a la muerte de mi esposo? —preguntó.

—Lo que escuché la noche que dormí en tu casa, cuando tú y Hal creíais haberme narcotizado la primera vez. ¿Es cierto que le

mataste?

Giró el rostro, sin querer contestar. Su silencio resultó harto elocuente.

—Me decepcionas, Arabel —dije—. Jamás creí tal cosa de ti.

—¿Qué sabes tú? ¿Con qué derecho te eriges en juzgador mío?

—No soy tu juez, ni siquiera tu acusador. Lo único que deseo saber es la verdad de este endiablado asunto.

—¿Por qué?

—Hal dijo que no quería intrusos en la casa. Es más, quería arrojarme violentamente. Y de un modo u otro, lo consiguió. Por otra parte, estuve a punto de morir allí. Esto, sin contar con el paseo frustrado que me dieron aquellos "gangsters" y que tú impediste tan oportunamente. Comprenderás que necesite conocer muchas cosas.

—¿Con qué objeto?

—Curiosidad, simplemente, supongo.

—¿De veras?

—Dejémonos de rodeos —dije ásperamente—. Hay un misterio en todo lo que me está ocurriendo que no logro averiguar. Y quiero conseguirlo antes de que sea demasiado tarde. Tú puedes ayudarme a ello, Arabel.

Una sonrisa llena de desdén apareció en sus labios.

—¿Confiarías demasiado en la ayuda que pudiera prestarte una asesina?

—Luego confiesas haber matado a tu marido —dije.

Tiró el cigarrillo por la ventana. Luego crispó sus manos sobre el aro del volante.

—A veces... quisiera no creerlo, pero... es la verdad —me miró con ojos llameantes—. Es la verdad, Clay; soy una asesina.

—Quizá tengas alguna justificación, un atenuante para el crimen que cometiste —argüí.

Meneó la cabeza tristemente.

—¿Quién me creería, en todo caso? Yo... no era nadie en la ciudad cuando me casé. Él era un ciudadano prominente y respetado y rico. Por muchos motivos que alegara, siempre queda en pie el hecho de su fortuna. Al morir él, me convertí en una mujer rica. Antes... tenía que ganarme la vida como simple mecanógrafa.

—Bueno, pero una mujer que se casa con un millonario no tiene

por qué asesinarlo para ser rica. Si su marido la quiere, la complacerá en todo y, por lo tanto, la dará todo el dinero que le pida.

—Es cierto. Y mi marido era como dices. Nunca me negó nada. Pero existe otro motivo, aún más poderoso que el anterior.

—¿Cuál?

—Tenía cerca de sesenta años. Me triplicaba la edad. Además, la gente rumoreaba que yo era la amante de Mark Ferguson.

¡Mark Ferguson!

La cosa empezaba a complicarse más todavía. Aquella era una contingencia en la cual no hubiera sospechado jamás.

—Compréndelo. Un marido viejo y rico, una esposa joven y bella y un amante también joven y apuesto. Los elementos necesarios de la comedia... o de la tragedia, según los casos. En el mío, tragedia.

—¿Y... era cierto?

Se revolvió furiosa en el asiento.

—¡No! —exclamó con acento tajante—. Es cierto que quizá, alguna de nuestras actitudes pudo dar lugar a un equívoco, que la maledicencia de las gentes se encargó de interpretar torcidamente. Pero, entre Mark y yo no existió jamás otra cosa que una amistad, que ni siquiera era demasiado profunda.

—¿No simpatizabas con él?

—Ni lo uno, ni lo otro. Tenía que ponerle buena cara, eso es todo.

—¿Por qué?

—Ferguson era el brazo derecho de mi esposo, el que manejaba todos sus asuntos con plena aquiescencia de Ronald. Hacía muchas cosas, incluso sin consultarle. Naturalmente, en esta situación, es lógico que tuviera yo que pedirle dinero más de una vez para mis gastos.

—¿Y él ponía alguna objeción?

—Nunca. Siempre me facilitó cuanto le pedí. Pero luego yo se lo decía siempre a mi esposo; jamás le oculté nada de cuanto hacía. Era mucho mayor que yo y aunque no fuera precisamente un amor volcánico el que sentía por Ronald, le quería y le respetaba.

—Eso compagina mal con el asesinato, querida —dije. Echó su cabeza hacia atrás. Respiró convulsamente.

—Sí. Pero no quiero hablar más de ello.

—¿Ni siquiera de los motivos que tuviste para asesinarlo?

—No.

La contestación era demasiado rotunda para que insistiera sobre el tema. Por otra parte, había averiguado algunas cosas que podían serme muy útiles. Pensé que sería muy conveniente charlar con Ferguson a ver qué opinaba él del asunto.

—¿Puedo saber si Ferguson continúa administrando tus asuntos?

—Sí, puesto que no le dije nada en contrario.

—¿Tienes idea de si ha podido ser una administrador infiel?

—No sé, no soy muy experta en cuestiones económicas. Lo que sí puedo decir es que el dinero no me ha faltado hasta ahora. Del resto no puedo hablar.

—Me extraña que no te hayas ocupado un poco más de los asuntos y negocios de tu marido —sugerí.

—Después de la muerte de Ronald quedé aplanada, compréndelo. Aunque ya de edad, era robusto y nada parecía presagiar su fallecimiento. Además, el mismo Ferguson me sugirió la conveniencia de un largo viaje para acallar posibles malentendidos.

—Lo cual significa que él también se hallaba al corriente de tales murmuraciones.

—Sí.

Por el momento tenía bastante. Encendí dos cigarrillos y le tendí uno.

—¿Qué sabes tú de una tal Nina, una pelirroja muy aparatosa y dada a la bebida, que ha asistido esta noche a la fiesta? —pregunté, desviando el tema.

—Es la prometida de Ferguson.

—Lo cual significa que se casarán.

Arabel hizo una mueca displicente.

—Quizá.

—¡Cómo! ¿No es seguro?

—Llevan ya tres años prometidos —contestó ella—. Como comprenderás, es un plazo más que suficiente para haberse casado.

—Eso quiere decir que Ferguson no gusta de ataduras definitivas.

Arabel encogió los hombros. No quiso responder. ¿Por qué no se

casaba Ferguson con Nina? ¿Acaso pensando en hacerlo con la primera y convertirse así, de administrador en propietario de la fortuna de Ronald Mewse?

—¿Es rica Nina?

—Vive bien, pero no puede llamársele estrictamente de tal modo. Posee una importante participación en una casa de modas, eso es todo.

—Otra cosa —dije—. ¿Puedo hablar contigo ahora de lo que sucedió en el caserón la noche de mi llegada?

El temor asomó a los ojos de la muchacha.

—Por favor, Clay —murmuró.

—Vi la silueta de un tipo ahorcado —dije—. Luego, otro individuo me atacó, viéndome obligado a repeler la agresión. Creo incluso que lo maté. Más tarde, Hal me golpeó… Después viniste tú y entre beso y beso, me propinaste el narcótico que antes no habías conseguido hacerme beber. Luego me encontré en mi coche, ya reparado, a siete millas de tu residencia. ¿No crees que todos estos detalles merecen una conversación esclarecedora?

Bajó la cabeza y la sacudió un par de veces.

—Clay, no, no… por el momento —me miró con ojos húmedos —. Te ruego no me hagas más preguntas. Por lo que más quieras.

Arrojé el cigarrillo. Inspiré profundamente el aire frío de la noche.

—Está bien. De acuerdo, excepto en una cosa.

—¿Cuál, Clay?

—¿Dónde vive Nina?

—¿Qué es lo que quieres preguntarle?

—Eso es cosa mía, nena. ¿Quieres decírmelo tú o me obligarás a preguntárselo a otras personas, Emily Saxton, por ejemplo.

—¡No!

—Está bien. Entonces, dímelo tú.

—Calle Grant, 286 —murmuró con voz apenas audible.

—Gracias. Y ahora, ¿quieres dejarme en un sitio donde pueda pedir un taxi?

Movió la cabeza afirmativamente. Alargó la mano y dio el contacto. Pero antes de que pudiera arrancar el coche rodeé sus hombros con el brazo izquierdo y la atraje hacia mí.

En un principio, intentó resistirse. Luego, cuando mis labios

hubieron entrado en contacto con los suyos, relajó los músculos y se abandonó con ciega pasión al encanto del momento.

CAPÍTULO VIII

Toqué el timbre y aguardé. Como nadie me contestara, hice girar el pomo de la puerta y la abrí, cruzando el umbral y cerrando a mis espaldas.

Olisqueé el ambiente. Licor. Licor en abundancia.

Crucé el vestíbulo y pasé a una salita de recibir. Una botella volcada en el suelo conteniendo aún algunas gotas de whisky, me indicó lo que había sucedido en aquella casa durante la noche anterior.

Después de atravesar la sala, llegué a un dormitorio, que olía aún más a alcohol. Casi cruzada sobre la cama, vestida a medias, yacía Nina, sumida en la completa inconsciencia de una colosal borrachera.

La contemplé unos momentos con aire de conmiseración. Luego, resolviéndome a actuar, avancé hacia ella y la zarandeé con brusquedad.

La pelirroja ni se movió siquiera. En vista de que ni con gritos ni con sacudidas conseguía despertarla, opté por otra solución más enérgica, pero también más positiva.

Me despojé del abrigo y del sombrero, que deposité sobre una silla cercana. Luego la tomé en brazos, conduciéndola al cuarto de baño.

La dejé en la bañera. Acto seguido, abrí el grifo de la ducha.

Nina gritó, juró, tosió al sentir un millón de helados impactos en su cuerpo. Braceó, pidiendo socorro y rogando por todos los santos que la sacaran de aquel tormento. El maquillaje se le escurrió por las mejillas y los cabellos se le pegaron a la cabeza. Resignada, al cabo, se dejó hacer.

Cuando vi que se había despejado un tanto, corté la lluvia.

—Vístete —dije perentoriamente—. ¿Tienes café en la cocina?

—Sí, el diablo cargue contigo —masculló airadamente—. ¿Despiertas siempre a tus amigas de este modo?

—Mis amigas, en primer lugar, no se emborrachan, de modo que

su despertar es un poco más dulce que el tuyo, querida Nina —respondí.

Se echó a un lado un mechón de cabellos y, todavía sentada en la bañera, con la ropa pegada al cuerpo, de modo que todas sus curvas resaltaban de modo tentador, me sonrió.

—¡Cómo me gustaría ser tu amiga! —murmuró provocativamente.

—Puedes conseguirlo… Pero antes tomaremos un poco de café, ¿no te parece?

Mientras salía, oí su voz.

—En el bar hay whisky. El café sienta mejor con unas gotas.

Volví la cabeza desde la puerta.

—Olvida el licor. Solo café.

—A tu gusto, Clay —dijo Nina humildemente.

Mientras Nina se adecentaba, me metí en la cocina. Diez minutos más tarde tenía una cafetera llena. Puse tazas, cucharillas y azúcar sobre una bandeja y tomando el conjunto en las manos, regresé a la salita.

Nina llegó minutos después, anudándose el cordón de la bata en torno a su delgada cintura. Tenía un aspecto que hubiera podido ser más floreciente de no marcársele tan profundamente los círculos oscuros en torno a los ojos, consecuencia de la noche huracanada que había pasado.

—Hola, encanto —sonrió. Le entregué una taza de café y se sentó a mi lado—. Me gustaría despertar todos los días de esta manera.

—¿Incluso con ducha?

—Si eras tú el que me la propinaba, ¿por qué no? —su voz, de tonos graves, como de contralto, era insinuante.

Dejé que tomara un par de tazas de café. Yo mismo ingerí una y luego saqué cigarrillos. Después de las primeras bocanadas de humo, me lancé al ataque.

—Querida Nina —empecé diciendo—, no sé si te habrás dado cuenta de que me has caído verdaderamente simpática. Y viceversa, creo yo.

—Exacto, Clay —dijo con un suspiro, apoyando la cabeza sobre mi hombro.

—En virtud, pues, de esa simpatía mutua, me vas a permitir

hacerte unas preguntas. ¿Puedo empezar, Nina?

—Claro, querido —respondió con voz ensoñadora—. ¿De qué se trata, Clay?

—En primer lugar, ¿por qué odias tanto a Rod Saxton y a su esposa?

Se separó de mí como picada por una víbora. Sus ojos centellearon con vivos fulgores.

—¿Quién te ha dicho que los odio? —exclamó.

—Tú misma. Anoche. En la fiesta que daban los mencionados para celebrar el cumpleaños de la dueña de la casa.

—Estaba borracha y no sabía lo que decía —murmuró a la defensiva.

—*In vino véritas* —murmuré—. No me engañas, Nina.

—Te lo aseguro, Clay. Yo...

—Estás mintiendo descaradamente. Eres una embustera.

El color huyó de su rostro.

—¡Clay!

—Mark Ferguson —dije con acento implacable— no vino a buscarte para bailar, sino para llevarte al jardín, en donde te hizo no sé qué demonios de reconvenciones por motivos que aún no se me alcanzan. Y Ferguson no estaba solo.

Una luz de temor apareció de repente en sus pupilas.

—Clay —murmuró.

—No entendí lo que hablabais, aunque sí pude escuchar los chasquidos de dos monumentales bofetadas que te arreó la anfitriona. ¿Por qué?

Se puso en pie de un salto. El cigarrillo se partió entre sus dedos, derramando una cascada de chispas. Lanzó una maldición al quemarse.

—¡Oh, condenado, vete al infierno! Déjame, eso es cuenta mía.

—Te dejaste pegar mansamente, sin intentar la menor réplica —continué de modo hiriente—. Creí que serías mujer incapaz de dejar pasar por alto un insulto semejante.

—No tengo por qué contestar a tus palabras, Clay. Vete. Déjame.

—¿Acaso tienes miedo a Mark Ferguson?

—¿Miedo yo? ¿Miedo de ese bastardo?

—Vaya una manera de calificar a quién va a ser tu esposo un día u otro —comenté ácidamente.

—Ese hijo de perra no se casará conmigo jamás. Y menos ahora.

—Porque ha vuelto la Mewse, ¿verdad?

Los celos asomaron a los bellos ojos de Nina.

—Sí —declaró con voz sorda—. En cuanto a belleza, no le tengo la menor envidia. Pero ella es mucho más rica que yo. Además, Arabel y Mark...

Se calló de repente.

—Sigue, sigue —dije—. Estoy seguro de que ibas a decir que en tiempos fueron amantes y que ahora que ha muerto el viejo Mewse, es hora de que legalicen ya su lío, ¿no es así?

—Sí —contestó con los labios muy apretados.

—Y a ti, naturalmente, eso no te conviene, ¿verdad?

—¿Es preciso que te lo garantice por escrito? —exclamó con cólera no disimulada.

—En tal caso, tú te sentirías inmensamente feliz si Arabel dejase plantado a Mark y este se viera obligado a volver a ti, ¿no es cierto?

Calló, pero su silencio resultó altamente significativo.

—Escucha, Nina —dije—. Creo, modestamente, que yo puedo ayudarte a conseguir lo que deseas. Ahora bien, favor con favor se paga y tú puedes ayudarme también en conseguir lo que ambiciono. ¿Lo harías si consiguiera desbancar a Ferguson del corazón de Arabel?

—No me importa demasiado que Mark vuelva o no —declaró—. Pero a ella la odio. ¡La odio! ¡Dios, cómo me gustaría poder estrangularla con mis propias manos!

Aquella salvaje explosión de odio me asustó. Naturalmente, procuré disimularlo.

—¿Por qué la odias tanto? ¿Porque te ha quitada a Ferguson?

—Hay algo más —declaró Nina de modo sorprendente—. Quiero a Mark, aunque el cariño que le tengo no me ciega demasiado; esta es la verdad. He recibido ya demasiados desdenes para mantener por él la misma locura de tres años atrás, cuando nos prometimos en matrimonio.

—¿Entonces...?

—Arabel me privó de ser rica.

—¡Cómo! No lo entiendo —exclamé, sumamente desconcertado.

—Es muy sencillo. Yo era la única pariente de Ronald Mewse y su fortuna debería haber revertido a mí al morir él.

La inesperada revelación de Nina me dejó de una pieza. Cualquier cosa me hubiera esperado menos lo que acababa de oír.

—Así es —recalcó la pelirroja—, aunque tú no acabes de creértelo. Por eso la odio tanto y por eso desearía ahogarla con mis manos.

Me froté la mandíbula pensativamente. Aquel maldito asunto amenazaba con complicarse más aún a cada averiguación que hacía.

—Y entonces, claro —dije—, hubieras tenido a Mark con toda seguridad.

—Correcto, Clay.

—Bien —dije—; todo eso me parece muy bien. Pero lo que no acabo de entender es por qué anoche la señora Saxton te abofeteó de manera tan desconsiderada, llamándote luego perra en celo y otras lindezas por el estilo. Además, te amenazó con no sé qué clase de males si no te callabas. ¿Qué diablos es lo que tienes que callar?

La bata se le abrió en parte, pero ella no hizo el menor caso.

—Tendrás que dispensarme, Clay —dijo, poniéndose una mano en la frente—. Me duele la cabeza.

Me puse en pie de un salto y la tomé por la parte alta de los hombros, sacudiéndola con fuerza.

—¡Tienes que contestarme! —ordené—. ¿Me oyes? Contesta a mis preguntas. Habíamos quedado en que lo harías, ¿recuerdas?

—Lo dijiste tú, no yo, Clay —contestó, mirándome a la cara. Eché la cabeza atrás—. En estos momentos, lo que más me conviene es ser discreta como una tumba.

—¿Acaso temes acabar como tu pariente? —pregunté hirientemente.

—Clay, ¿qué es lo que tratas de sugerir? —exclamó con los ojos muy abiertos.

—He oído decir —murmuré— que Ronald Mewse murió asesinado. ¿Qué sabes tú del asunto?

Nina palideció.

—Clay, no, no, eso es imposible. Los médicos... —y se calló de repente.

—¡Vamos, habla! —exclamé, zarandeándola sin compasión—. Necesito que me digas toda la verdad. Y en el acto, ¿me oyes?

—Clay, te aseguro que no sé nada. Siempre creí que Ronald murió de muerte natural. Los médicos que le asistieron así lo

certificaron.

—Entonces, ¿qué es lo que te recomendaba Emily Saxton que callaras?

Volvió la cabeza a un lado, rehuyendo mis miradas.

—Es algo que tiene relación con la muerte de Ronald, ¿no es cierto? ¡Contesta!

—No, Clay, no —gimió—. No me obligues a hablar, por lo que más quieras.

Apreté los labios de rabia. Podía haberle sacado lo que hubiera querido, pero me disgustaba recurrir a procedimientos expeditivos. Por otra parte, había empezado mal. El cebo que había puesto en el anzuelo le había sabido demasiado amargo y por ello lo había rechazado. Era preciso, pues, buscar otro más dulce, más sabroso, en el cual pudiera morder con facilidad.

—Dispénsame, nena —murmuré—. Me he extralimitado un poco y he perdido la cabeza. Ven, siéntate a mi lado.

Rodeé sus hombros con mi brazo y la traje de nuevo junto al diván. Ella suspiró ampliamente, relajando la tensión que había mantenido hasta aquellos momentos.

—Ahora tengo que hacer —manifesté—. Me gustaría continuar la conversación en otro lugar y en circunstancias más favorables para los dos.

Sonrió maliciosamente.

—En el “Red & Black” sirven unos platos muy apetitosos. A las siete y media de la tarde, sobre todo.

—Estaré allí a las siete y media en punto sin falta, nena. Pero reprime tus ansias de alcohol, ¿estamos?

Me tomó la cara con ambas manos y se desplomó sobre mí, besándome con furia volcánica.

—Clay —susurró—, estaré sin falta.

Me puse en pie. Recobré el abrigo y el sombrero. Ella me acompañó hasta la puerta.

—No faltes —recomendó.

—Seguro —contesté. Y antes de salir, pregunté de modo casual —: Oye, ¿tú conoces a un fulano llamado, Hal?

—Hal ¿qué más?

—No lo sé, ignoro su apellido. Pero si te puede servir de algo, te diré que parece un gorila. Y no es metáfora, nena.

—No recuerdo nada de un tipo semejante, Clay, te lo aseguro. ¿Por qué lo preguntas?

—Lo vi hace unas noches en casa de Arabel Mewse. Simplemente, quería saber quién era.

—¿No te lo dijo ella? —preguntó la pelirroja, muy asombrada.

—No. Al contrario, tanto Arabel como Hal parecían tener mucho interés en ocultar la presencia del segundo.

—Pues, la verdad, no sé qué decirte. Te aseguro que jamás he oído nada de ese Hal.

—Está bien, preciosa. Muchas gracias.

Puso una mano en la cadera y se apoyó con la otra en la jamba de la puerta.

—A las siete y media, no lo olvides, simpático.

—Estaré allí a esa hora, preciosa. Hasta la noche —y salí.

CAPÍTULO IX

El tiempo iba a peor. Pronto nevaría ya. La temperatura había descendido gradualmente y andar por las calles resultaba altamente desapacible. No obstante, tenía que hacerlo.

De casa de Nina me fui directamente a la del médico de cabecera de Ronald Mewse. El doctor Breeze me acogió con toda amabilidad, pero cuando le hube sugerido que el esposo de Arabel había fallecido de manera violenta, rechazó airadamente tal posibilidad.

—Hacía años que le atendía y conocía perfectamente su estado físico —manifestó.

—Entonces —dije—, ¿cómo explica usted su muerte, doctor?

Breeze se enzarzó en una serie de explicaciones científicas que no entendí demasiado ni me resultaron todo lo convincentes que hubiera sido de desear. Finalizó diciendo algo sobre una repentina debilidad de su víscera cardíaca y otras futilidades por el estilo.

—Eso no compagina demasiado con su afición al camping, doctor —le recordé...

Breeze se aturdió y se lanzó de nuevo por el camino de las explicaciones científicas. Cuando terminó, ya me había forjado una idea de lo que pretendía aquel pájaro.

—Muy bien —declaré, poniéndome en pie—. Muchas gracias por su colaboración, doctor. Celebro verdaderamente haberle conocido.

Breeze me miró con suspicacia.

—Oiga —preguntó de repente—, ¿por qué tiene usted tanto interés en la muerte del difunto Ronald Mewse?

Adopté una expresión compungida.

—Me lo encargó mi padre —mentí—. El señor Mewse y él fueron compañeros de colegio en su juventud. Mi padre se enteró recientemente de su fallecimiento, y dado que su estado de salud no es todo lo satisfactorio que fuera de desear, me envió a mí en su lugar.

—¡Ah! —dijo el médico—. Entiendo. Buenas tardes, señor Kerryck.

—Buenas tardes, doctor.

Salí de la casa del médico, pero no caminé una docena de metros. Un par de puertas más abajo había un bar, en el cual me metí, encargando una copa, que tomé en tanto atisbaba a través de la empañada vidriera.

No tardó mucho en suceder lo que yo esperaba. Breeze salió de su casa, mirando precavidamente a derecha e izquierda antes de continuar su camino. Luego, sin más dilación, empezó a caminar.

Escondí la cabeza cuando pasó delante del bar. Cuando hubo rebasado la vidriera, arrojé un billete sobre el mostrador y salí en su persecución.

Ni Breeze ni yo disponíamos de coche. El médico, no sé; yo porque el mío había desaparecido desde el día en que los *gangsters* quisieron darme el paseo, sin que hubiera vuelto a tener noticias del mismo.

El médico caminó con paso vivo a lo largo de una docena casi de manzanas. Estaba demasiado seguro de sí mismo; por eso no volvió la cabeza ni una sola vez. Finalmente, entró en un portal, desapareciendo de mi vista.

Llegué al edificio. No hizo falta que preguntase a quién había ido a ver. Había al lado de la puerta un rótulo de vidrio negro con letras doradas.

MARK FERGUSON
Bienes raíces

Encendí un cigarrillo, satisfecho y pensativo al mismo tiempo: El lío aumentaba.

Pero una cosa había segura. La muerte de Ronald Mewse no había sido natural, fuese Arabel o no su asesino.

En el momento en que me disponía a retirarme de allí, percibí el taconeo de unos pies femeninos en el portal del edificio. Una especie de oscuro instinto me hizo volver la cabeza, a la vez que me subía el cuello del abrigo. Me felicité por lo acertado de mi decisión.

Emily Saxton pasó por mi lado con paso vivo. Cruzó la acera y

se introdujo en un coche que la aguardaba unos metros más allá. El coche arrancó de inmediato. El hombre que lo conducía no era su esposo.

Permanecí allí unos momentos, con el cigarrillo humeante colgado de los labios, tratando de hacer encajar las piezas de aquel endiablado rompecabezas. Luego, encogiéndome de hombros, volví la espalda al edificio.

Consulté el reloj; eran cerca de las cuatro de la tarde. Tenía tiempo sobrado para lo que quería hacer.

Media hora después me hallaba ante un funcionario público, cuyos ojillos se alegraron a la vista del billete de diez dólares que le enseñé de modo discreto.

—Sí, señor —dijo—. ¿Qué es lo que desea?

—Tengo entendido que esta es la oficina donde se archivan las copias de los testamentos —manifesté.

—Así es, en efecto, señor.

—¿Podría ver la copia del testamento que otorgó el señor Ronald Mewse?

La expresión de amabilidad del funcionario desapareció al instante.

—Lo siento —dijo secamente—. No puede ser.

—¿Por qué?

—Se precisa un mandato judicial, señor.

—Ya —dije con aire meditabundo. Saqué otro billete que agregué al anterior—. ¿No le gusta esta clase de mandamientos judiciales, amigo?

Sus ojos voltearon dentro de las órbitas, y el labio inferior le tembló perceptiblemente. Era evidente que la codicia batallaba en su interior contra órdenes recibidas… ¿De quién?

—No… señor, no sirve —contestó, deglutiendo saliva sonoramente.

El tercer billete no surtió más efectos que los anteriores. Me dije que debía haber alguna razón poderosa para impedir que el fulano hablara. ¿Qué nombre tenía aquella razón? ¿Hal? ¿Mark Ferguson?

—Está bien —dije al cabo, con una amplia sonrisa—. Perdóneme. Gracias por todo.

Di media vuelta y salí de la oficina, que era una verdadera covacha. Pero no pasé mucho más allá de la puerta.

Me detuve a escuchar, pues no había cerrado del todo, sino que había dejado una rendija que permitiera el paso del sonido. El ruidito de un disco telefónico al girar confirmó mis sospechas.

La voz del tipo sonó segundos después.

—Soy Hipper —declaró—. Escuche, ha venido un tipo preguntando por el testamento del difunto Mewse... Claro que no se lo he dejado ver. ¿Por quién me ha tomado?... ¿Qué cómo era? —Hipper describió mis características físicas con sorprendente exactitud y luego siguió—: Sí, acaba de irse. Muy bien, descuide usted. De nada, ya lo sabe; estamos aquí para servirle.

Y colgó.

Hipper era listo. No había pronunciado el nombre de su interlocutor, por lo que me quedé en ayunas acerca de su identidad. Sin embargo, esto no me preocupaba tanto como la lectura de la copia del testamento. Y era preciso que lo consiguiera al precio que fuese.

Puesto que el método crematístico había fallado, quedaba otro por utilizar. Abrí la puerta de golpe, cerrándola acto seguido de un puntapié y penetré de nuevo en la oficina pistola en mano.

—Y ahora —dije con tono truculento—, me vas a enseñar esa; copia del testamento que te pedí antes o te perforaré la tripa a balazos. ¡Pronto, bastardo!

Hipper palideció terriblemente, tanto por la sorpresa recibida, ya que no esperaba verme de nuevo allí, como por el revólver que brillaba ominosamente en mi mano derecha.

Su nuez subió y bajó espasmódicamente, en tanto que los ojos amenazaban con salírsele fuera de las cuencas orbitarias. Sus dientes entrechocaron ruidosamente.

—Yo no... Le juro que... —trató de defenderse.

Levanté la trampilla que cerraba el paso a la oficina y crucé al otro lado. Luego le acaricié el estómago con el cañón del revólver; no quise darle en la cara para no dejar huellas de mi paso por allí.

Hipper era un tipo blando. Se rindió al primer golpe.

—Basta —gimió—. Le daré todo lo que me pida... Pero, por favor, no me pegue más.

—Eso depende de ti, cochino embustero —le increpé—. Pronto, saca esa maldita copia o te arrancaré los dientes uno a uno.

Renqueando dolientemente, se adentró en la sección destinada a

archivos, regresando momentos después con una carpeta que arrojó sobre una mesa. Luego se sentó en una silla, oprimiéndose el estómago con ambas manos, en tanto que continuaba con sus quejumbrosos lamentos.

Solté las cintas que ataban la carpeta y extraje un sobre de su interior. Lo abrí y saqué los papeles que había dentro del mismo.

Diez minutos más tarde, ya estaba enterado de todo cuanto quería saber. Me puse en pie, dejando sobre la mesa un billete de diez dólares.

—No te lo mereces, pero al menos tampoco quiero que me recuerdes del todo mal.

—Váyase al infierno —gruñó el doliente Hipper.

La calle, barrida por el viento y el aguanieve, parecía, en efecto, el infierno. Como todavía me quedaba tiempo de sobra, decidí meterme en un bar, en el cual permanecí, cálidamente abrigado, hasta que llegó la hora de reunirme con Nina.

Nina y yo llegamos casi a la vez al “Red & Black”. Todavía no había tenido tiempo de llegar a la puerta, cuando se detuvo un coche negro al borde de la acera.

Había un par de individuos dentro del vehículo, los cuales cantaban alborotadamente, como si estuvieran muy bebidos. La portezuela del coche se abrió y Nina cayó a la acera.

El auto arrancó de inmediato. Corrí hacia Nina, mascullando algo entre dientes acerca de las intemperancias alcohólicas de la pelirroja. Me arrodillé a su lado, tratando de ayudarla a ponerse en pie.

Ella me miró con ojos doloridos.

—Clay —murmuró.

—Vamos —dije en tono bajo—. Procura hacer un esfuerzo. Estás dando un espectáculo.

Sonrió de modo enigmático.

—Ya lo creo. Espectáculos como este… se ven pocos al cabo del día.

Fruncí el ceño, encontrando sus palabras un tanto incongruentes. Dos o tres personas nos miraban a corta distancia.

Al intentar ponerla en pie, el abrigo de pieles que llevaba se abrió de arriba abajo. Entonces, una mujer exhaló un chillido agudísimo.

La sorpresa recibida fue tal que casi estuve a punto de soltar el cuerpo de Nina. La pelirroja vestía un traje blanco, en el centro de cuya pechera, justamente bajo los senos, aparecía una mancha escarlata cuya extensión iba aumentando con siniestra rapidez.

—¡Nina! —grité—. ¿Quién ha sido? ¡Dímelo!



¿Quien ha sido?

La pelirroja abrió los ojos. Ya estaban velados por la inminencia de la muerte.

—Clay, simpático...

Y esto fue todo lo que dijo.

CAPÍTULO X

La puerta de mi habitación se abrió bruscamente y dos hombres penetraron en ella.

Me senté de golpe en la cama, mirándolos con reluctancia. El revólver estaba debajo la almohada al alcance de mi mano.

—¿Es usted Clayton Kerryck? —preguntó uno de dios. Era fuerte y robusto y sus ojos me miraban con todo menos simpatía.

—Eso dicen mis papeles —contesté—. ¿Quiénes son ustedes?

El fulano metió mano a su bolsillo y me enseñó una carterita negra.

—Sargento Scanlon —se presentó—. Este que me acompaña es el agente detective Michaelson. Haga el favor de vestirse, señor Kerryck.

—¿Por qué? —fruncí el ceño—. Ya declaré ayer cuanto sabía acerca de la muerte de Nina Mawbry. Su jefe me exculpó totalmente...

—Lo sabemos —me interrumpió Scanlon—. Ahora lo que queremos es que se vista y que se largue de Cronin lo antes posible. Su presencia infecta la ciudad.

—Poco a poco, hermano —dije invitadamente—. No crea que su título de sargento de detectives me impresiona poco ni mucho. No hay motivo alguno para que salga de la ciudad y menos expulsado de la manera tan ignominiosa que ustedes me están pintando. ¿Por qué rayos he de irme, vamos a ver?

—Los detectives privados nos molestan —barbotó Scanlon con aire colérico—. No queremos en esta ciudad cuervos como usted. Vamos, vístase; el tiempo corre.

Solté una carcajada.

—¿Detective privado, yo? Usted está chiflado, sargento. ¿Quién le ha contado semejante fábula? Vamos, lárguense y déjenme continuar durmiendo o de lo contrario tendré que llamar a la verdadera policía.

—De modo que no es detective privado... —masculló el

sargento, algo desconcertado.

—No —contesté—. Y si no me cree, ahí tiene mi chaqueta —se la indiqué, colgada del respaldo de una silla—. Saque mi cartera; verá mi documentación que no deja lugar a dudas.

Scanlon se mordió los labios. Parecía aturdido.

—Michaelson —dijo.

El agente tomó la chaqueta, extrayendo de ella la cartera. Mientras la examinaba a conciencia, me puse los pantalones y los zapatos, colgándome un cigarrillo de los labios acto seguido.

—Es cierto —declaró el agente—. Aquí no hay el menor indicio de que este tipo sea detective privado.

—El tipo lo será su padre —mascullé airado—. Cuando hable de mí, diga siempre el señor Kerryck, ¿estamos?

El rostro de Michaelson se congestionó. Crispó sus puños y por un momento pareció ir a lanzarse sobre mí. Sin embargo, supo contenerse a tiempo.

—Solo tiene una licencia de abogado y la de conducir. Pero no hay nada que aluda a su profesión de detective privado —dijo, mirando a su jefe.

—Y ahora, ¿qué? —dije, en tono desafiante—. ¡Vamos, fuera de aquí! Están en mi habitación contra todo derecho, y si presentara una demanda ante el juez, se iban a ver en un verdadero lío.

Scanlon no hizo caso de mis palabras.

—Es lo mismo —barbotó—. Tenemos orden de expulsarlo de la ciudad y la cumpliremos. De modo que, vístase o...

—Oiga, ustedes están chiflados. Y el tipo que les dio esa orden, más que los dos juntos. ¿Qué diablos de razones alegan para esa orden de expulsión?

—A mí no me pregunte nada —rezongó el sargento—. Yo me limito a cumplir lo que me mandan.

—¿Y no le han mandado nunca comer alfalfa? —pregunté irónicamente.

El rojo apareció en el rostro de Scanlon. Soltó una gruesa interjección y se arrojó sobre mí.

—Usted se irá de Cronin por las buenas o por las malas —barbotó.

Le dejé llegar hasta mi altura. En el momento preciso, me hice a un lado, a la par que alargaba el pie izquierdo.

El resultado fue que Scanlon cayó al suelo cuan largo era, haciendo retemblar el pavimento. Blasfemó artísticamente en tanto procuraba, incorporarse.

Naturalmente, no se lo iba a consentir. Cuando todavía estaba semiarrodillado, le acaricié la nuca con el filo de mi mano. Fue solo una caricia; de haber puesto más fuerza en el empeño, le habría fracturado el cuello. Suspiró y volvió a caer.

En el mismo momento, sentí un golpe en el pecho. Volé de espaldas por los aires, yendo a caer, afortunadamente, sobre la cama. Maldije mi imprevisión al haberme olvidado del otro policía.

El puñetazo recibido me hizo arder en cólera. Di la voltereta sobre mí mismo, cayendo al otro lado del lecho. Michaelson lo rodeaba con ánimo de seguir golpeándome.

No le concedí ninguna opción. Paré un segundo golpe y le clavé el puño izquierdo en el estómago. Empezó a curvar el cuerpo, pero antes de conseguirlo, lo enderecé de un terrorífico gancho de derecha que lo lanzó a un lado, casi completamente inconsciente.

Chupé los nudillos de la mano, desollados un tanto a consecuencia del golpe. Luego esperé a que los dos policías se recuperasen.

Estaban avergonzados de su derrota y, por supuesto, no mencionaron siquiera la palabra expulsión. Scanlon fue el primero en ponerse en pie, seguido a corta distancia por su acólito.

—Y ahora —dije—, lárguense de aquí y digan a quién les envió que no solo no pienso marcharme de Cronin, sino que seguiré en la ciudad todo el tiempo que se me antoje. ¿Estamos? ¡Fuera, esbirros!

Scanlon me miró rencorosamente al mismo tiempo que se limpiaba los labios con el dorso de la mano.

—Esto que ha hecho le costará caro, Kerryck —renegó.

—Señor Kerryck, no lo olvide. Además, deje que sea yo quien cocine mis propios asuntos. Vamos, váyanse; quiero abrir la ventana para que se vaya la peste que despiden.

Se marcharon vomitando mil maldiciones. Luego, al quedarme solo, cerré la puerta con doble vuelta de llave y prendí fuego a un cigarrillo, sumamente preocupado por lo que acababa de suceder.

Era evidente que alguien tenía miedo de mí y de mis investigaciones. Falladas las intentonas anteriores, había recurrido a la policía para alejarme de la ciudad, sin conseguirlo, por supuesto.

Pero su mismo gesto me indicó debía ser persona prominente en la ciudad. ¿Ferguson? ¿Emily Saxton?

Me imaginé la sorpresa que recibiría mi amigo cuando se enterase de que su esposa estaba complicada en aquel lío. Porque no me cabía la menor duda que Emily tenía algo que ver con el asunto. La visita a Ferguson habría podido parecer una casual coyuntura, de no haber presenciado yo la escena del parque dos noches antes.

¿Por qué querían que Nina callase? Ahora ya daba lo mismo; lo que la hermosa pelirroja no podía haberme dicho, tenía que decírmelo otra persona, lo cual equivalía a averiguarlo por mí mismo. Habían considerado que era un eslabón débil en la cadena y lo habían suprimido antes de que fuera demasiado tarde. Su astucia había sido infernal al asesinarla prácticamente a la vista de todo el mundo, sin que nadie sospechara nada hasta vérsele la sangre de la herida que le había causado la muerte.

Sentí un sincero pesar por la ausencia de Nina. Apenas había tenido tiempo de tratarla, pero se me había hecho muy agradable en los pocos momentos que habíamos estado juntos. Ya no volvería a verla más y, fuesen cuales fuesen sus pecados anteriores, era evidente que sus asesinos merecían el castigo a que se habían hecho acreedores por un crimen tan repugnante.

Terminé de vestirme y bajé al comedor donde tomé un sólido desayuno. Al terminar, fumé un par de cigarrillos en el mismo sitio, en tanto elaboraba un plan de acción para el día.

Una vez trazado el rumbo, pregunté por un garaje donde pudieran alquilarme un coche. Desaparecido el mío sin dejar el menor rastro, me era imprescindible un medio autónomo de locomoción. Me indicaron un establecimiento de dicho género, al cual me encaminé acto seguido.

Una vez el coche en mi poder, busqué un teléfono público. Hojeé la guía hasta hallar el número que me interesaba. Acto seguido, marqué el número, colocando delante del micrófono un pañuelo a fin de desfigurar la voz.

—¿Doctor Breeze? —dije, cuando oí que descolgaban desde el otro lado.

—Sí, yo mismo.

—Venga, pronto. Le necesitamos.

—¿Qué diablos sucede?

—La señora Mewse se ha sentido mal de repente. Pronto, es urgente.

—Está bien. Iré ahora mismo.

Colgué, sonriendo satisfecho. El truco me había demostrado dos cosas: una, que el matasanos estaba liado con la panda y otra, que podía comunicarme con Arabel desde la ciudad, pues Breeze había creído sinceramente en que la llamada había sido hecha desde el caserón.

Inmediatamente salí, metiéndome en el coche. Arranqué, procurando imprimir al vehículo toda la velocidad posible. En pocos minutos estuve fuera de la ciudad, en la carretera que conducía a casa de Arabel.

A un par de millas de Cronin detuve el coche, aunque sin parar el motor. Encendí un cigarrillo y esperé.

No tuve tiempo de concluirlo. Un auto pasó por mi lado a buena velocidad. Una rápida mirada a su conductor me dijo que, en efecto, era el médico quien llevaba el volante.

Embragué y pisé el acelerador. Era preciso conducir con cuidado, pues la carretera estaba muy resbaladiza a causa de la constante humedad. Sin embargo, en pocos momentos conseguí colocarme a la zaga del coche que conducía el doctor Breeze.

Rodamos durante diez minutos hasta que, de pronto, avisté a lo lejos el trincherón cerca del cual había estado a punto de ser asesinado. Entonces pisé el acelerador y mi coche rugió, colocándome en pocos segundos a la altura del otro.

Durante unos instantes, los dos automóviles redaron a la par. De pronto, nos metimos en el callejón.

Entonces pegué al volante un golpe a la derecha. Breeze se vio obligado a maniobrar para evitar el choque, pero de este modo salió lanzado hacia la cuneta, que era lo que yo deseaba. Su coche protestó y los frenos chirriaron, pero lo había detenido y eso era todo cuanto me importaba en aquellos momentos.

Frené rápidamente, tirándome del auto casi antes de que se hubiera detenido. Luego retrocedí a la carrera, en el mismo momento en que Breeze trataba de maniobrar para reanudar su camino.

—¡Quieto! —ordené perentoriamente, apoyando la acción con el

revólver, cuyo cañón se apoyó directamente bajo la nariz del matasanos.

Los ojos de Breeze se dilataron al reconocerme.

—¡Qué! ¡Por favor! —gimoteó—. No me haga ningún daño. Yo...

—No le haré daño si procura portarse decentemente —dije. Mantuve el revólver apuntándole de modo continuo mientras rodeaba el auto para penetrar por la portezuela opuesta. Luego me senté a su lado—. Doctor Breeze, usted me mintió el otro día cuando me dijo que Ronald Mewse había muerto de un ataque al corazón. ¿Por qué?

—Es cierto —jadeó, lívido—. Yo le asistí, le conocía desde años atrás...

—Farsante. ¿Cuánto le pagaron por firmar un certificado falso?

—Usted me confunde —dijo con voz plañidera—. Yo no...

Era un pobre hombre y su misma indefensión me dio lástima. De lo contrario, le habría dejado los huesos listos para hacer caldo.

—Sus mentiras continúan, matasanos —dije duramente—. Me engañó el otro día cuando fui a verle y quiere continuar el engaño —eché hacia atrás ostentosamente el martillo del percusor—. ¿Le gustaría que le abriera un agujero para ventilación de sus sesos?

Tragó saliva. Era evidente que estaba aterrorizado.

—¿Qué... qué es lo que quiere saber? —balbució al cabo, rindiéndose sin condiciones.

—¿Cuál fue la causa de la muerte de Mewse?

—Le di... le di una medicina para el corazón. En dosis excesivas podía ser fatal.

—¿Y...?

Se humedeció los labios con la lengua.

—Bueno, alguien le dio una dosis excesiva.

—¿Quién fue?

—No lo sé.

—¡Responda! —ordené—. Usted lo sabe. Y si no, ¿por qué fue a ver a Ferguson apenas le dejé yo?

—Le aseguro que no sé —plañió—. Yo... yo me limité a recetar la medicina.

—Y seguramente elaborarla además, ¿verdad?

Asintió pesadamente con la cabeza.

—¿A quién se la entregó?

—Al propio Ferguson.

—¿Estaría dispuesto a afirmarlo ante un jurado?

Sus ojos voltearon en las órbitas con expresión agónica.

—¡Dios mío! —exclamó aterrorizado.

—Vamos, déjese de lloriqueos. Mientras no ocurrió nada, todo fue bien. Ahora que se le han torcido las cosas, trate de ser un hombre.

—Es que... —se retorció las manos nerviosamente.

—Si no habla por las buenas, le obligaré a hacerlo por las malas. Ferguson le pagó por formular la receta. ¿Cuánto?

—Do... dos mil.

—¿Solo? —exclamé desdeñosamente.

—Era la primera parte. Luego dijo que me entregaría treinta mil más.

—Pero no se los entregó.

—No —los ojos del médico relucieron peligrosamente—. Me ha estado engañando durante todo este tiempo. Y ya estoy más que harto de recibir nada más que promesas sin consistencia. Sí, me sobornaron para que hiciera creer a Mewse, con motivo de un fuerte resfriado que había atrapado durante una excursión campestre, que su corazón se había resentido y que debía someterse a un tratamiento adecuado durante una temporada. Entonces hice la receta... y se la di a Ferguson. Este me entregó los dos mil dólares, diciéndome que más adelante me daría el resto. Pero no cumplió su palabra.

Empezaba a ver alguna claridad. La trama había sido planeada diabólicamente. Un asesinato había sido cometido con toda impunidad, gracias a la inestimable ayuda que había prestado el médico a los asesinos.

Pero encontré un punto oscuro en su relato. ¿Por qué no había pagado Ferguson el resto de la deuda? Esto era tanto como exponerse a que el doctor Breeze se hartara un día y acabara relatando todo cuanto sabía. ¿No era correr un riesgo demasiado evidente confiar en el silencio de Breeze, solo por calcular que este no hablaría al hallarse también implicado en el asunto?

—¿No le ha dado alguna explicación del por qué no ha podido pagarle el resto del dinero convenido? —pregunté.

—No... Bueno, ha dicho que no marchaba bien... Que sus

asuntos estaban un poco parados, que debía esperar mejores tiempos…

Entrecerré los ojos. ¿Realmente marchaban mal los asuntos de Ferguson? Sí, como suponía, habían matado a Mewse para apoderarse de su fortuna, ¿por qué se quejaba de falta de dinero?

Misterio. No se me alcanzaban los motivos de aquella penuria económica, que compaginaba mal con lo que Arabel me había dicho, relativo a que Ferguson le había facilitado siempre todo el dinero que necesitaba. ¿Quién entendía aquel endiablado embrollo?

—Está bien —decreté al cabo, abriendo la portezuela del auto. Miré fijamente al médico—. No olvide cuanto me ha relatado. Quizá tenga que repetirlo ante un jurado.

Breeze se hundió en el asiento, lívido como un difunto.

—No se librará de ir a la cárcel —añadí—, pero estoy seguro de que su declaración obrará favorablemente en el ánimo del tribunal. Téngalo muy en cuenta, doctor.

No me contestó; francamente, no tenía fuerzas para ello.

Me puse los guantes de nuevo, dirigiéndome hacia mi coche, detenido unos cincuenta metros más allá. Estaba a punto de alcanzarlo cuando, de pronto, escuché el bramido de un motor.

Giré la cabeza rápidamente. Un enorme camión de transporte asomaba su morro por la curva que daba al trincherón. El vehículo avanzaba a razón de unas cincuenta millas a la hora.

Fruncí el ceño, súbitamente impresionado por la inesperada aparición del gigantesco vehículo. El conductor hundió el pedal de gas a fondo.

En aquel momento, el coche del médico salía de la cuneta. El camión lo alcanzó de lleno con tremendo estrépito.

El automóvil fue levantado en el aire como si se hubiera tratado de una simple pluma. Luego, volando literalmente, fue proyectado contra el talud con ímpetu irresistible. Chocó contra la pared de rocas con un escandaloso fragor de metales abollados y vidrios quebrados. Un neumático estalló con seco disparo.

El coche del médico dio un par de botes antes de volcar sobre un costado. Mientras tanto, el camión había continuado su marcha.

Unos ojos me miraron perversamente desde lo alto de la cabina. El chofer dio un golpe de volante a la derecha con ánimo de alcanzarme con uno de sus guardabarros. Solo la rapidez en saltar

me salvó la vida.

Aún rozó el camión la parte delantera del guardafangos de mi coche, que se estremeció peligrosamente. Luego, roncando como un avión de bombardeo, se alejó antes de que hubiera tenido tiempo de sacar el revólver y hacer un solo disparo.

Ya no podía hacer nada por detener la alocada carrera del camión. Lo único que me era dable hacer era acudir en socorro del médico.

Cuando llegué allí, sentí un fuerte estremecimiento al ver el espantoso estado en que había quedado el coche después del tremendo impacto. Toda su parte izquierda se había hundido hasta más de la mitad, aplastando al doctor Breeze y matándolo en el acto. La cabeza del médico asomaba entre los restos del vehículo, convertida en una informe masa de huesos quebrados y sangre.

En medio de todo, sentí una viva satisfacción. Breeze no podría ya declarar ante un jurado, pero al menos me había enterado de algunos detalles que podían ser esenciales en el curso de mi investigación.

La sirena de un patrullero policial se oyó a lo lejos.

CAPÍTULO XI

Millard Witt, el jefe de policía de Cronin, me miró con suspicacia por encima del doble aro de acero de sus gafas.

—Señor Kerryck —dijo—, es gracias solamente al señor Saxton, quien responde por usted, que no le he hecho expulsar en el acto de la ciudad. Desde su llegada a Cronin —continuó el policía—, no ha hecho sino verse complicado en un montón de incidentes, algunos de los cuales merecen otra palabra más fuerte como calificativo. ¿Quiere, por favor, explicarme cuál es su papel en este asunto?

Adopté una expresión de estolidez.

—Ninguna, jefe —respondí—. Simplemente, he sentido un poco de curiosidad por averiguar lo que había en el fondo de todos estos crímenes.

—Mi amigo fue, como yo, detective privado —sonrió Rod a mi lado—. Quizá eso le ha hecho espolear su imaginación y se ha metido en lugares que ordinariamente deberían estarle vedados. Witt, dispénsele; yo le prometo sinceramente que no volverá a repetirlo.

—De acuerdo —dijo el jefe de policía. Me miró con cara de pocos amigos—. Si se porta bien, no tendré nada que objetar a que continúe residiendo en la ciudad. De lo contrario, y aun lamentándolo mucho, ya que el señor Saxton es su fiador, me veré obligado a expulsarle de Cronin.

Me puse en pie, dando por terminada la entrevista, bastante larga por cierto. Durante la misma, había relatado a Witt parte de los hechos, pero solo en el lado más conveniente para mis planes.

—De acuerdo. Así lo haré —prometí, pidiendo interiormente perdón por mi mentira.

Minutos más tarde, Rod y yo nos hallábamos en un confortable bar, frente por frente y en compañía de sendas copas de licor. Mi amigo me miró con expresión severa.

—Clay —empegó a decir—, no sé qué diablos te propones ni qué es lo que quieres hacer. Todo eso me deja indiferente, hasta cierto

punto, desde luego, ya que continúo siendo tu amigo. Me supongo que existe un cliente que te ha encomendado determinadas pesquisas y que, por razón de tu oficio, estás obligado a guardar el secreto profesional. También puede ocurrir que te hayas lanzado a averiguar por tu cuenta y riesgo. Dado tu carácter, no me extrañaría que fuese así —hizo una pausa y aspiró con fuerza—. Ahora bien, en interés de la amistad que acabo de citar, te voy a pedir un favor, favor que espero me harás sin más dilación.

—Muy bien —concedí—. Adelante, dispara.

—Has podido darte cuenta de que, en pocos años, me he labrado una posición preeminente en Cronin. A cada día que transcurre, mi prestigio crece más y más. Soy joven, tú lo sabes, pues aún no he cumplido los treinta y seis años y, por lo tanto, es lógico que sienta ciertas ambiciones. Pienso presentarme en las próximas elecciones para alcalde y tengo muy buenas probabilidades de salir elegido para el cargo. Esto es solo un peldaño en la escalera de mi carrera política, como puedes comprender fácilmente. Ahora bien, si continúas entrometiéndote demasiado, tu amistad puede perjudicadme. Eso es cosa que no requiere grandes explicaciones, Clay. Por lo tanto, te ruego que dejes tus pesquisas. No soy rico, pero he hecho algún dinero en los seis o siete años que llevo en la ciudad. Supongo que sabrás entendértelas con tu cliente, si es que trabajas por cuenta de alguien. En caso contrario, te será más fácil abandonar.

—Sí —murmuré.

—Y como no quiero que sufras quebranto económico, me harás el favor de aceptarme una pequeña indemnización —levantó la mano al ver que iniciaba un gesto de protesta—. No, no admito que lo rehúses. Aquí tienes.

Echó mano al bolsillo y extrajo de él un papelito oblongo, de color azulado, que me entregó en el acto.

—Me gustaría poder darte algo más, Clay —dijo. Sonrió forzadamente—. La campaña electoral, sin embargo, está próxima y ya sabes cuánto cuestan esas cosas.

Vacilé unos momentos. Al fin guardé el cheque sin mirarlo siquiera.

—De acuerdo. Suspenderé las pesquisas, Rod.

Mis palabras parecieron provocar en él un gran alivio.

—Gracias, Clay; sabía que lo harías así.

—No te preocupes —dije—. ¿Para qué estamos los amigos, si no?

Rod consultó su reloj.

—Se me hace tarde. Tengo que asistir a una reunión donde trazaremos un esbozo del plan de campaña de elecciones. ¿Por qué no te vienes a cenar esta noche con Emily y conmigo?

—Trataré de hacerlo. Gracias, Rod. Ah, me gustaría que te eligiesen alcalde.

—Tú puedes echarme una mano, muchacho —se puso en pie y estrechó la mía con fuerza—. Hasta luego, Clay.

—Adiós, Rod.

Quedé allí, frente a la copa mediada de licor, sumamente pensativo, en tanto contemplaba melancólicamente las volutas de humo que despedía el cigarrillo que se consumía en el cenicero. Permanecí así un buen rato hasta que, de pronto, se me ocurrió una idea.

Agité la mano. El camarero vino enseguida.

—Tengo entendido que la casa vieja de la señora Mewse necesita, para comunicarse telefónicamente, hacerlo por medio de la central.

—Creo que sí, señor —concordó el camarero.

—Bien, entonces, tráigame aquí un teléfono con la comunicación ya establecida —y apoyé mi petición con un billete de cinco dólares.

—Al momento, señor.

El individuo vino treinta segundos más tarde con el aparato, cuyo hilo enchufó a una clavija situada al pie de la mesa. Tapando el auricular con la mano, dije:

—No me fijé antes en el rótulo del local. ¿Por favor?

—El “George’s”, señor.

—Gracias —y al retirarse el camarero, empecé a hablar rápidamente, procurando imitar, de memoria, el tono de la voz de Ferguson—: ¿Arabel?

—Sí.

—Mark —dije—. Escucha, ha surgido un imprevisto.

—¿De qué se trata?

—No puedo decírtelo por teléfono. Estoy en el “George’s”. Ven

pronto, es urgente.

Y colgué. Moví la mano y el camarero vino y se llevó el aparato.

—Tráigame un doble —pedí.

—Al momento; señor.

Arabel tardó casi tres cuartos de hora en llegar. Franqueó la entrada y se detuvo vacilante, como buscando a la persona que la había llamado por teléfono. Me puse en pie y entonces me reconoció.

Sus labios se fruncieron en un mohín de disgusto. No obstante, avanzó hacia mí con paso firme y fácil.

—Hola —saludé—. ¿Cómo te encuentras?

—Ya me extrañó que Ferguson me llamara a estas horas —dijo sosegadamente, mientras se despojaba del abrigo de pieles, que tomé, dejándolo sobre una silla.

La miré un momento. Vestía un traje de lanilla gris azulada, que se ceñía estrechamente a las curvas de su cuerpo. Por todo adorno, llevaba un collar de cuentas de azabache. Realmente, estaba más hermosa que nunca.

—No me mires así —dijo, enfadada—. Parece como si quisieras devorarme.

—¿Y no crees que lo haría con mucho gusto? —sonreí, en tanto llamaba la atención del camarero.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que tienes que decirme?

—Algunas cosas —respondí—. Supongo que te habrás enterado de la muerte del doctor Breeze.

—Sí, lo he leído en los periódicos. Un desgraciado accidente.

—No tan accidente, querida. Fue completamente intencionado. El médico murió asesinado.

Palideció.

—¿Cómo puedes afirmar tal cosa, Clay?

—Sencillamente, porque fui testigo presencial del hecho. Es más, yo mismo estuve a punto de morir, de no haber sido porque tuve un poco más de suerte que el doctor Breeze. ¿Te das cuenta de lo que esto significa, Arabel?

Sus manos se crisparon sobre el borde de la mesa.

—Explícate mejor, Clay —dijo roncamente.

—Pues es bien fácil. Creí que tú misma sabrías comprenderlo sin necesidad de aclaraciones. Dime, ¿cuando tu marido enfermó, eras

tú la encargada de administrarle la medicina?

—Sí, claro.

—¿Quién te dio las instrucciones para ello?

—Ferguson.

—Te diría sin duda que había hablado con Breeze, ¿verdad?

—Sí.

—Y tú le creíste.

—¿Por qué no? Era el hombre de confianza de mi esposo. ¿Qué razones tenía yo para desconfiar de Ferguson?

—¿Te indicó también las dosis de la medicina?

—Sí. Tres gotas en el primer día, en tres veces. Al siguiente, tres tomas de cuatro gotas cada una. Y así, siempre aumentando...

—Hasta que, de repente, el corazón del pobre Ronald hizo ¡pum! ¿no es eso?

Sus lindos ojos se velaron súbitamente.

—Sí —murmuró con voz que apenas pude escuchar.

—Y después de ello es cuando comprendiste que tú misma lo habías matado.

—Sí.

—Ferguson te diría sin duda que la dosis estaba equivocada, ¿no es cierto?

—Sí —su pecho se agitó tumultuosamente—. Le dije que había seguido en un todo sus instrucciones, pero entonces él me enseñó la receta del doctor Breeze.

—¿Qué ponía la receta?

—Tres gotas diarias durante una semana. Otra de descanso y luego, vuelta a empezar si no había mejorado en el entretanto.

Suspiré, satisfecho.

—Luego, entonces, el verdadero asesino es Ferguson.

El rostro de la muchacha se tiñó de carmín.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—¿Qué pruebas podía yo alegar en contra? Él tenía la receta, en tanto que yo solo podía contar con mi palabra. Habría dicho que él nunca me había dado tales instrucciones para administrar la medicina, a mi esposo. Y la receta habría acabado de probar sus afirmaciones, inculpándome a mí de un modo total y positivo.

—Comprendo —murmuré—. Pero, entonces, ¿por qué quería Ferguson la muerte de tu esposo?

—No lo sé, nunca quiso decírmelo.

—¿Conoces tú el testamento?

Sus ojos se dilataron por la sorpresa.

—No hay tal testamento, Clay.

—Sí —contesté—. Yo mismo he visto la copia en el registro correspondiente.

—¿Estás seguro? —preguntó, jadeante, casi sin respiración.

—Absolutamente.

—¿Y qué dice el testamento?

—Por ahora, prefiero callármelo. Ahora, dime una cosa; ¿has ido escasa de dinero durante estos dos años y medio?

—No, en absoluto.

—¿No podrías indicarme, aunque solo sea aproximadamente, a cuánto asciende lo que has podido gastar en este lapso de tiempo?

—Verdaderamente… —hizo un esfuerzo para recordar—. No estoy segura, la mayoría se han ido en trapos y en viajes, pero, por otra parte, no soy derrochadora. Calculo que, como máximo, habrán sido unos setenta mil dólares. Más no, por supuesto.

—¿Y Ferguson te enviaba dinero siempre que le pedías?

—Cuando me marché de Cronin quedamos en que tendría a mi disposición una asignación fija de tres mil dólares mensuales, más lo que pudiera necesitar. Pero a veces se pasaban meses en que no gastaba ni la cuarta parte; ya te he dicho que no me gusta derrochar el dinero. He conocido épocas de estrechez y he aprendido a valorarlo, Clay.

—Eso me agrada mucho —dije con una sonrisa—. Ahora dime: ¿por qué has vuelto a Cronin?

—Creí que era llegada la hora de arreglar definitivamente la cuestión de la herencia. Por supuesto, siempre pensé que la heredera de la fortuna de mi marido soy yo. Pero nunca me había ocupado de los trámites indispensables para entrar en su plena posesión. Ferguson me decía que siempre iba todo bien y… luego, sentía miedo de que me acusaran un día de la muerte de Ronald.

—Ferguson te habrá garantizado que no hará nada contra ti.

—Así es.

—¿Piensa convertirse en tu esposo?

Arabel me miró unos segundos con fijeza.

—Eso creo —contestó al cabo.

—¿No ha hecho la menor insinuación al respecto?

—No, todavía. Pero me enteré de que ya hacía algún tiempo que empezaba a desviarse de Nina Mawbry.

—Lo cual significa que pensaba luego dedicarse a ti.

—Casi seguro.

—Un pájaro de cuenta, ¿no?

Ella no contestó. El labio inferior le tembló de pronto.

—Clay —murmuró unos segundos más tarde—, ¿por qué me haces tantas preguntas?

—Quizá es porque me interesa saber los motivos que tenía Hal para echarme del caserón.

Bajó la cabeza.

—No puedo contestarte, Clay —musitó.

—Ya lo averiguaré —dije.

De repente, alargó su mano y la puso encima de la mía.

—Clay, te quiero —dijo apasionadamente—. Nunca te había visto hasta la noche que llegaste a mi casa, pero aquel encuentro bastó para hacer nacer en mi corazón un loco amor hacia ti. Si tú me quieres la mitad de lo que te quiero yo, abandonarás esto inmediatamente y te irás de Cronin antes de que sea demasiado tarde. Te lo pido por favor, Clay, por favor.

Sus ojos brillaban por la humedad de las lágrimas, en tanto que su busto vibraba turgente bajo la tela de su vestido.

—Me iré contigo, Clay. Haré lo qué me pidas, cualquier cosa, pero abandona. Vete de la ciudad.

Sacudí la cabeza.

—Es curioso. Eres la segunda persona que me lo pide hoy.

—¿Quién ha sido la otra?

—Rod Saxton.

Estudié su rostro. Permaneció con la misma expresión, sin denotar sorpresa alguna.

—Sí, ya sé quién es.

—Nina le odiaba mucho. Como a su esposa. ¿Tú sabes algo?

—Sí. Entré en conocimiento de Ronald por mediación de ellos. Y el odio de Nina se amplió a mí.

—Entiendo. De este modo, la pobre muchacha se quedaba sin la herencia que tanto ambicionaba. Pero ¿por qué la matarían?

CAPÍTULO XII

Ajusté la cuenta en el hotel y reservé una plaza en el autobús de la "Greyhound" que salía a las once veinte de la mañana en dirección al este. Dije también en el hotel que enviaran el equipaje al automóvil, después de lo cual fui al garaje a devolver el automóvil que había alquilado. Como suponía que Ferguson tendría espías por todas partes —y en ello no me equivocaba, porque al tomar el autobús vi al sargento Scanlon merodeando por la estación—, procuré actuar en todo momento con movimientos ostentosos.

Sin embargo, mis propósitos eran muy distintos. A veinte millas de la ciudad hice parar el autobús y me apeé. El conductor me miró como si me hubiera vuelto loco de repente, pero se encogió de hombros y terminó por abrirme la puerta.

Bajé del autobús y emprendí la marcha a pie hacia la ciudad. Hacía frío, aunque había cesado de llover. Un poco más allá, detuve un camión, cuyo conductor me dejó a quinientos metros de la entrada de Cronin.

Caminé aquel pequeño trozo hasta llegar a un bar, en el cual me refugié momentáneamente. Pedí de comer y luego dejé correr el tiempo. Hasta que se hiciera de noche no podría actuar; las sombras me eran necesarias para el trabajo. Por fin, cuando ya eran las cinco de la tarde y la noche estaba a punto de cerrar, abandoné mi refugio, encaminándome a pie hacia el centro de la ciudad.

Cuando llegué al domicilio de Ferguson eran ya casi las seis de la tarde. Entré en el edificio y subí en el ascensor hasta el piso donde residía el criminal.

Toqué el zumbador de la puerta. Esta se abrió momentos después.

Ferguson me miró de hito en hito, sin conseguir reponerse del todo de la sorpresa que le causaba mi presencia en aquel lugar y a semejante hora. Al fin pudo abrir la boca.

—¡Caramba, qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo se encuentra usted, señor Kerryck?

—Perfectamente, gracias —contesté, procurando acomodar mi tono al de Ferguson—. Necesito hablar con usted unos momentos.

—No faltaría más. Pase, por favor.

Cruzamos el vestíbulo y pasamos a su despacho, decorado con elegante sobriedad. En un rincón había un armarito del cual extrajo una botella y dos vasos.

Me entregó uno después de haberlo llenado a medias. Luego me ofreció cigarrillos.

—Siéntese, señor Kerryck —me indicó un sillón—. Creo que hablaremos mucho mejor si nos ponemos cómodos, ¿no es cierto?

—Lo que tengo que decirle no me va a ocupar demasiado tiempo, así es que prefiero permanecer en pie, señor Ferguson. Gracias de todos modos por su oferta. Y ahora, por favor, ¿quiere darme la receta que el doctor Breeze, en estos momentos afortunadamente difunto, le entregó a usted para el tratamiento de la enfermedad de Ronald Mewse?

Ferguson parpadeó.

—No le entiendo, Kerryck…

—Me entiende de sobra —dije con tono duro—. El doctor Breeze prescribió una medicina para el difunto Mewse, pero dicha medicina era altamente nociva en dosis superiores a lo indicado. Usted guardó la receta, dando instrucciones contrarias a la señora Mewse, lo cual trajo como consecuencia la muerte de su esposo. Desde este momento, Arabel Mewse se ha considerado como la asesina de su marido, pese a que su participación fue por completo involuntaria. Esa receta que usted conserva puede ser la prueba de su inocencia y yo la quiero a toda costa. A toda costa —repetí significativamente.

Ferguson se irguió ofendido.

—No entiendo de qué me está hablando, Kerryck.

Saqué el revólver y lo amartillé.

—Le doy un minuto exactamente para pensárselo, Ferguson. Pasado ese lapso de tiempo, dispararé.

El rostro del asesino se puso blanco como la nieve.

—Usted no puede hacer eso —balbuceó.

—Pruebe a resistirse y verá lo que le sucede —dije simplemente.

Hubo una pausa de silencio. La aproveché para hacer sonar el percusor del arma.

—Los segundos van que vuelan, Ferguson. Si piensa que no estoy dispuesto a disparar, deje que transcurra el minuto que le he dado de plazo.

Su nuez subió y bajó con espasmódicos movimientos. Al fin, sin pronunciar una palabra, giró sobre sus talones y se volvió hacia un cuadro que tenía a espaldas de la mesa de trabajo.

El cuadro volteó, dejando al descubierto una caja de caudales. Ferguson manipuló en la clave y la caja se abrió.

Metió la mano en ella, sacándola armada con un revólver, al mismo tiempo que dejaba escapar una horrenda blasfemia de su boca.

Pero ya me había prevenido contra una treta semejante y me había plantado a su lado apenas le vi abrir el cofre. Moví la mano con fuerza, golpeándole en la muñeca con el revólver.

Su pistola cayó al suelo. Ferguson lanzó un aullido. Volví a golpearle, ahora en los labios, derribándole sobre el sillón. Su resistencia cesó en el acto.

—Es preciso ser muy vivo para atraparme —dije sarcásticamente. Recogí el revólver y lo guardé en el bolsillo del abrigo. Señalé con el mío la caja recién abierta—. Y ahora la receta, vivo. O le pondré los sesos al fresco.

Sacó un pañuelo y se enjugó la sangre que le corría de los labios partidos. Mirándome con odio infinito, se puso en pie y husmeó en el interior de la caja.

Unos segundos más tarde, me arrojaba un papel que atrapé al vuelo.

—¡Tome usted y maldito sea cien veces! —barbotó.

Sin perderle totalmente de vista, ojeé la receta con el rabillo del ojo. Era la que buscaba y la guardé cuidadosamente.

Acto seguido dije:

—Y ahora, vamos a hablar usted y yo, Ferguson. No puedo acusarle del crimen, como tampoco usted, en lo sucesivo, podrá extorsionar más a la señora Mewse. Ya está libre de sus garras y no podrá obligarla a que haga nada en favor suyo.

—¿Está seguro de ello? Hay otros procedimientos, Kerryck.

—Posiblemente. Pero dígame; ¿a qué puede obligarla usted? Ni siquiera se atreven a matarla. Ella es la heredera de la fortuna de Mewse y si muriera, ustedes se quedarían sin un centavo. Mientras

tanto, aún conservan alguna esperanza de conseguirla, ¿no es cierto?

Calló. Mis palabras no admitían réplica. En vista de ello, proseguí:

—¿Quién redactó el testamento de Ronald Mewse?

—Yo mismo.

—Arabel ignora que exista tal testamento. ¿Qué razones le impulsaron para ocultárselo?

—¡Muérase! —contestó despectivamente el asesino.

Le sacudí con la culata del revólver en los nudillos de la mano. Chilló.

—Esa no es la respuesta que me agrada a mí —dije—. Hable o seguiré con el tratamiento.

Me miró con rabia loca. Pero se sabía inerme y no podía hacer nada contra mí.

—El testamento deja la mayor parte de su fortuna para una fundación benéfica —manifestó—. A la viuda solo le quedarían unos ciento cincuenta mil dólares.

—Una mujer con solo ciento cincuenta mil no le convenía a usted, Ferguson. Le interesaba Arabel, pero con los millones de Mewse. Y esto solo podía conseguirse haciendo que ignorase la existencia del citado testamento, ¿no es así?

Asintió con gesto pesado.

—Entonces, ¿por qué diablos no lo destruyó?

—El doctor Breeze había firmado como testigo. Y Nina Mawbry también.

Las cosas aparecían menos oscuras.

—Ahora han muerto los dos. Han desaparecido, por tanto, dos obstáculos que se oponían a la destrucción del testamento, cosa que puede ocurrir en cualquier momento, ¿no es así?

—Sí —murmuró sordamente.

—Entonces, usted, coaccionando a Arabel, se casaría con ella y de este modo obtendría, además de una hermosa mujer, una saneada fortuna. Lo que no me explico es por qué han tardado tanto en empezar a actuar. ¿A qué han esperado? Ah, ya; seguramente, no les convenía hacerlo, estando tan reciente la muerte de Mewse. Era mejor dejar pasar un tiempo prudencial, a fin de no levantar determinadas sospechas, ¿no es así?

Su silencio confirmó mis hipótesis.

—Y mientras tanto, tampoco les convenía destruir el testamento, ya que era una pieza exculpatoria a favor de ustedes si a alguno se le ocurría meter las narices demasiado hondo. Ustedes podrían, como máximo, ser acusados de negligencia en el cumplimiento de las obligaciones impuestas en el testamento, pero nunca de asesinato. ¿Me equivoco?

Ferguson asintió.

—Y ahora ya había llegado el momento de actuar. Arabel había vuelto y era preciso forzarla al casamiento con usted, una vez declarada oficialmente heredera de Mewse. Entonces, todos tan contentos... Pero no contó con el despecho de Nina Mawbry ni las reclamaciones del doctor, al cual no le había pagado los cuarenta mil dólares convenidos. ¿Por qué no le pagó, Ferguson?

—¡Maldita sea! Ya tenía bastante con sufragar los gastos de Arabel mientras viajaba. ¿De dónde diablos quería que sacara más dinero?

Las palabras de Ferguson me dejaron de una pieza.

—¡Cómo! ¿No era usted el fideicomisario de Mewse —exclamé —. ¿No le había nombrado albacea testamentario, además? Por otra parte y por si fuera poco, era usted su hombre de confianza. ¿Dónde están los millones del muerto?

—¡Un rayo lo parta en el infierno! —barbotó colérico el asesino —. Mewse había realizado la inmensa mayoría de su fortuna en títulos al portador. Casi millón y medio. Lo hizo a espaldas mías. Y no me dijo dónde los había guardado.

Lancé un silbido de asombro. Millón y medio de dólares en valores al portador era tanto como tenerlos en billetes. Cualquiera podría realizarlos en cualquier banco y darse con ellos una vida de opulencia.

—Solo dejó unos cien mil dólares escasos en su banco y no todos en efectivo, además del viejo caserón. Y con ese dinero tuve que arreglármelas durante el tiempo que Arabel estuvo fuera para que no sospechase nada.

Solté una risita.

El viejo había sido más tunante de lo que parecía. Lo único que reprochaba al difunto era no haber creído en la decencia de su esposa. Por Arabel no me importaba demasiado; pero aquel forajido

se había visto bien chasqueado al quedarse sin el dinero tan largamente ambicionado.

—Le estuvo muy bien empleado —dije—, y me alegro infinito de que le haya pasado una cosa semejante. Pero, entonces, ¿por qué diablos tanto empeño en casarse con la señora Mewse?

—Estoy seguro de que ella sabe dónde escondió su marido los valores.

—¿En qué basa tal seguridad, Ferguson?

—Ella asistió a Mewse constantemente desde que cayó enfermo. Juraría que el viejo se arrepintió a última hora y se lo dijo.

—Una suposición muy acertada. Y Hal, ¿qué diablos hace en el caserón?

—Vigila a Arabel continuamente por encargo mío.

—Entiendo. Usted no quiere correr riesgo con ese millón y medio.

—¿Acaso no lo habría hecho usted de igual manera? —exclamó Ferguson despectivamente.

—Depende. Nunca he sentido demasiada inclinación por el homicidio, salvo la legítima defensa, claro está. Y ahora que lo sé todo o casi todo, dígame; ¿quiénes son sus cómplices? Porque usted no ha actuado solo, esto es evidente.

Apretó los labios, indicando con el gesto que estaba dispuesto a no hablar más. Entonces le encañoné con el revólver desde dos metros de distancia.

—Todavía tiene una probabilidad de salvar el pellejo, Ferguson. Y esa probabilidad consiste en darme el nombre de sus cómplices. De lo contrario, lo mataré como a un perro.

Gruesas gotas de sudor empezaron a correrle por las sienes, Abrió y cerró la boca espasmódicamente, como si quisiera buscar aire, y emitió unos sonidos roncos, inarticulados.

—Los nombres, Ferguson —dije.

Tragó saliva. Cuando habló, su acento era plañidero.

—Por favor, no me obligue a ello...

—Los nombres —insistí tercamente.

Sudaba copiosamente. No tenía nada de valiente y me dio asco mirarlo.

—Se... se los diré con una condición.

—No puedo prometerle nada, se lo advierto de antemano —

respondí.

—Yo le digo los nombres y usted me deja escapar. Ellos fueron los que me metieron en este endiablado lío. Yo he tenido que dar la cara y…

¡Bang!

Ferguson se puso en pie convulsivamente, agarrándose el pecho con ambas manos. Sus ojos parecieron saltarle fuera de las órbitas.

La experiencia guerrera me ha demostrado que cuando se oye un disparo en la vecindad de uno y no se resulta alcanzado en el primer momento, lo más práctico es echarse al suelo en el acto. Y otra clase de experiencia me ha enseñado que por la noche y con las pistolas en acción, la luz estorba muchísimo.

Así, pues, en cuanto oí el primer estampido me dejé caer a un lado, a la vez que pegaba un manotón a la lámpara que había sobre la mesa.

La bombilla estalló al caer y las tinieblas se hicieron en la estancia.

CAPÍTULO XIII

Un fogonazo de cárdenos tonos taladró la oscuridad. Y no vino solo, sino que le acompañaron cuatro o cinco más.

Ferguson gritó de nuevo, seguramente al ser alcanzado por otro proyectil: Las demás balas chocaron sordamente contra los muebles o rebotaron con agudos chillidos al dar contra alguna superficie de metal.

Las detonaciones cesaron al cabo. Calculé que el asesino había consumido todos los cartuchos de su pistola. Entonces me puse en pie y de un salto, corrí hacia la puerta del despacho.

Unos pasos, seguramente dados con zapatos de suela y tacones de goma, sonaron rápida y blandamente delante de mí. El ruido me orientó en dirección al asesino.

La oscuridad era total. No obstante, conseguí agarrar un brazo.

—¡Alto! —grité—. ¡Quieto ahí o dispararé!

El asesino no hizo el menor caso. Su rodilla se clavó en mi ingle, haciéndome doblar en dos. Luego, aprovechándose de mi momentáneo aturdimiento, me golpeó en la cabeza con la culata de su pistola.

Afortunadamente, el golpe resultó de refilón solamente, de lo contrario, me hubiera abierto la cabeza como un huevo. No obstante, resultó lo suficientemente fuerte como para aflojar todos mis músculos de golpe y hacerme caer al suelo de bruces.

La puerta de entrada se cerró de golpe. Permanecí unos momentos tendido en el suelo, tratando de alejar de mí las náuseas que me habían acometido… Un poco más tarde, los dolores cesaron parcialmente y las fuerzas empezaron a volverme poco a poco.

Me incorporé penosamente. Encendí un fósforo y a su luz pude hallar el interruptor. Bajé la palanquita y entonces volvió la luz al vestíbulo.

Súbitamente, un extraño perfume llegó a mi pituitaria. Olisqueé en el ambiente. El perfume sobresalía por encima del desagradable olor de la cordita quemada por los pistoletazos.

Miré en todas direcciones. Un puñadito de algo blanco brillaba en la alfombra, hacia la puerta del despacho de Ferguson. Me agaché a recogerlo, oliéndolo unas cuantas veces. Luego desplegué el pañuelito, pues no era otra cosa aquel objeto.

Por si el perfume no fuera un elemento suficientemente delator, el pañuelo llevaba unas iniciales marcadas en uno de sus ángulos. La A y la M eran sendos índices apuntados de forma acusadora hacia una persona cuyo nombre resulta obvio mencionar.

Permanecí en el centro del vestíbulo, sumamente irresoluto, desconcertado por completo. ¿Sería posible que Arabel...?

De pronto, un ruido extraño llamó mi atención.

—¡Cielos! ¡Me había olvidado de Ferguson!

Guardando el pañuelo en el bolsillo, corrí hacia el despacho inmediato. Di la luz principal.

—¡Ferguson! —llamé en voz alta.

Solo recibí como respuesta un nuevo quejido. Ferguson no estaba a la vista.

Lo encontré al otro lado de la mesa, tendido en el suelo, manándole la sangre de las heridas recibidas.

Una en el pecho y otra bajo la oreja, eran el resultado de los impactos, y ambas le acarrearían la muerte en contados segundos.

Me arrodillé a su lado, incorporándolo ligeramente.

—Ferguson, óigame.

Abrió los ojos, ya vidriados.

—¿Quién le ha matado?

Unas burbujas de color escarlata aparecieron de pronto en su boca. Le limpié los labios con su propio pañuelo.

—Responda, Ferguson.

Bisbiseó algo que no pude entender. De pronto, todo su cuerpo sufrió una terrible convulsión.

Estiró los miembros horriblemente a la vez que doblaba la cabeza a un lado. El brazo izquierdo le cayó hacia el suelo.

Lo dejé tendido cuan largo era. Ya no erar más que un cadáver. Y lo que menos me convenía a mí en aquellos momentos era que me hallaran a su lado.

Me puse en pie lentamente, limpiándome las rodillas de modo maquinal... Contemplé durante unos instantes el yacente cuerpo de Ferguson.

Confié en que la insonorización de las paredes hubiera detenido el estrépito de los disparos. Y así debía haber sido, porque no oía el menor ruido que pudiera alarmarme. Puesto que allí ya no tenía nada que hacer, resolví marcharme en el acto.

Cuando salí del edificio, lo primero que hice fue buscar un bar donde saciar mi sed. El jaleo me había dado una sed espantosa. Tomé dos whiskies seguidos, uno tras otro, después de lo cual empecé a sentirme algo más entonado.

Estuve allí durante un cuarto de hora. Miré el reloj; eran ya las ocho de la noche. ¿Qué era lo que podía hacer en aquellos momentos?

De repente, una idea me asaltó, haciéndeme estremecer de pies a cabeza. ¡Arabel!

¿Qué haría el asesino con ella? ¿La mataría? No era esto probable, al menos por el momento. Sin embargo, era evidente que la muchacha corría un serio peligro.

Traté de ponerme en el sitio del asesino y pensar como él lo hubiera hecho. Resultaba harto patente que todas las muertes cometidas lo habían sido en interés del millón y medio de dólares en títulos al portador que Mewse había dejado como herencia y, estaba seguro, el asesino participaba de tal creencia.

Entonces, si yo hubiera sido ese asesino, lo primero que habría hecho sería haber ido en busca de la muchacha y obligarla a hablar por todos los medios. Una vez conseguido el dinero, Arabel no sería más que un estorbo que era preciso suprimir para evitar futuras incomodidades.

No perdí tiempo en actuar. Arrojé una moneda sobre el mostrador y salí corriendo a la calle.

Detuve un taxi. Cuando el conductor se enteró de su destino, torció el gesto.

—Eso está muy lejos y, además, hace mala noche —rezongó.

—¿Qué le parecen dos billetes de a diez por las molestias? —dije.

—Está bien, suba —e inmediatamente, el coche arrancó con la velocidad de un tren expreso.

El caserón distaba de Cronin doce millas. La propina estimuló el amor propio del conductor, que hizo recorriéramos el trayecto en menos de doce minutos.

—¿Le espero? —preguntó al entregarle lo prometido.

Vacilé un instante. Con las prisas me había olvidado de un detalle esencial.

—No. Vuelva a la ciudad en el acto —y agregué un recado, que el hombre me prometió ejecutar apenas llegara a Cronin.

Y en el acto, dando media vuelta me enfrenté con el caserón.

CAPÍTULO XIV

El viejo edificio se alzaba ante mí, al otro lado de la explanada, sombrío, oscuro, tétrico, emanando perversidad y espanto por cada una de sus piedras. No se veía ninguna luz y el silencio, salvo el gemido del viento entre los árboles, de manera discontinua, era absoluto.

Quedé unos momentos inmóvil, estudiando la mejor forma de introducirme en el caserón sin ser advertido. Cualquier cosa, en aquellos momentos, me convenía menos ser visto. De este modo, permanecí irresoluto, sin saber qué decisión adoptar por el momento.

De repente me di cuenta que la mole del edificio se distinguía con cierta claridad, destacando de cuanto la rodeaba. Entonces advertí que las nubes se habían rasgado, provocando un claro por el cual penetraban los rayos de la luna en creciente.

Pude observar, con gran alivio por mi parte, que no se veía rastro alguno de ningún vehículo. Esto me dijo que el asesino de Ferguson no había llegado todavía. Aún estaba a tiempo, pues, de intervenir.

Para no ser visto al cruzar la explanada frente al portón de acceso, inicié un rodeo, caminando por el borde de la zona boscosa, hasta situarme con la espalda al sur, esto es, dirigida hacia la ciudad. Una vez allí volví a esperar.

No se oía el menor ruido. El espacio despejado era mucho menor en aquel lugar. Me quité el abrigo y el sombrero, que colgué de la rama baja de un árbol, pues necesitaba plena libertad de movimientos. Luego, tomando impulso, atravesé el terreno despejado a la carrera.

Llegué junto al muro del caserón, agazapándome allí para escuchar. El silencio continuaba siendo total.

Recorrí el paredón, buscando una abertura por la cual introducirme en la casa. Había varias ventanas, pero todas ellas estaban herméticamente cerradas y tratar de violentarlas hubiera

resultado arriesgado, ya que indefectiblemente habría causado ruido al hacerlo. No obstante, era imperativo para mí entrar. Pero ¿cómo lograrlo?

Recorriendo la pared llegué a su final. Doblé la esquina, encontrándome en la parte posterior del edificio. Una vez allí divisé la sombra de una puerta, seguramente la destinada al servicio.

Llegué a la puerta, tanteándola con cuidado. Moví el pomo, pero la llave estaba echada. Me mordí los labios, irritado. Las dificultades continuaban aumentando. ¿Cómo solventar aquel inconveniente?

De repente, escuché pasos al otro lado de la puerta. Me pegué a un costado, empuñando el revólver. Aguardé.

Oí claramente el ruido de la llave al girar en la cerradura. Luego chasqueó el pestillo.

La puerta se abrió. Un hombre se situó bajo el dintel.

El individuo no parecía demasiado contento por hallarse allí, a la intemperie.

—Noche de perros —mascullo—. ¿A qué imbécil se le habrá ocurrido la idea de vigilar esto, cuando no ha de venir nadie?

Y dio un paso fuera.

Entonces fue cuando le puse una mano en la boca, al mismo tiempo que le colocaba el cañón del revólver tras la nuca.

—Te equivocas, amiguito —susurré a su oído—. El que te ha enviado tenía razón. Podía venir alguien... y ya ha venido.

Sentí claramente el temblor del cuerpo del forajido. Estaba seguro de que era uno de los tres que me habían llevado “de paseo”, trío que luego se había quedado reducido a dúo por la valiente y oportuna intervención de Arabel. Aquel tipo debía ser uno de los que, fingiendo estar borrachos, habían asesinado a Nina, arrojándola poco menos que en mis brazos.

El brazo se me convulsionó al recordar la muerte de la simpática pelirroja. De no haber sido porque necesitaba al forajido para algo muy importante, no sé si hubiera cedido al deseo de venganza y apretado el gatillo sin importarme las consecuencias.

Respiré hondo, procurando alejar de mí la cólera. Luego dije:

—Si lanzas un solo grito, enviaré tus sesos a los matorrales, ¿me entiendes?

El individuo movió la cabeza en señal de afirmación. Entonces

quité la mano de su boca.

—¿Quién hay en la casa?

—Es... está Hal.

—¿Nadie más?

—Sí. Tubbs.

—Es tu compinche, ¿no?

—Sí.

—¿Y la señora Mewse?

—También está dentro.

—¿Solo estáis los cuatro?

—Nadie más, se lo aseguro.

—Bien. Ahora escúchame con atención. Vas a llamar a tu compañero Tubbs. Tienes que atraerlo hasta aquí. No me importa cómo te las compongas; el caso es que Tubbs ha de venir a la puerta.

—De... de acuerdo. Lo llamaré.

—Cuidado con los trucos. Las balas van muy rápidas, ¿me oyes?

El tipo estaba lleno de pánico. No se había movido siquiera de la postura en que se hallaba. Le registré rápidamente, hallándole una pistola en su funda, la cual arrojé con la mano izquierda a lo lejos, hacia la espesura.

—Ahora vuélvete y llámale. Dile lo que se te ocurra, pero haz que venga.

—De... de acuerdo —levantó la voz—: ¡Tubbs!

Un individuo gruñó al otro lado, en las tinieblas. Insultó procazmente a mi prisionero, pero no tardé en escuchar sus pasos que se acercaban a la puerta.

Entonces moví la mano con rapidez.

El cuerpo de mi cautivo se desmadejó en el acto. Pude sostenerlo con la izquierda y luego lo arrastré un par de pasos hacia uno de los costados de la puerta.

Volví junto a la misma. Apenas dos segundos más tarde, Tubbs apareció bajo el dintel.

—¡Johnny, maldito seas! ¿Qué diablo te ocurre?

—Esto, compadre —dije, metiéndole el cañón de la pistola por las narices.

El fulano se quedó tieso. La sorpresa fue tan grande, que pude registrarle a mi comodidad, despojándole de otra pistola, que siguió

el camino de la anterior. Acto seguido, volví a utilizar la culata del revólver.

Los dos pandilleros quedaron tendidos el uno al lado del otro. Utilicé sus corbatas para atarles las manos a la espalda, con lo cual me aseguraba un pequeño margen de tiempo por si despertaban antes de lo calculado. De todas formas, me imaginé que lo primero que harían sería largarse si conseguían liberarse de sus ligaduras. No eran ellos quienes me interesaban mayormente, sino sus empleadores.

Libre el paso, penetré en el edificio, cerrando con llave a mis espaldas para mayor seguridad. Guardé la llave en el bolsillo y continué el avance.

Atravesé la cocina, apenas iluminada por una bombilla de escasa potencia. Una escalerita conducía al piso superior y tomé por ella sin vacilar, aunque guardando las naturales precauciones.

Alguna madera crujía de vez en cuando, haciéndome detener para escuchar antes de seguir mi avance. Finalmente, llegué a una puerta que abrí con suma cautela.

La puerta daba al corredor que ya conocía, parte del cual recaía sobre el gran vestíbulo de la entrada. Allí era, seguramente, donde se había estrellado el tipo que me había atacado a renglón seguido de ver la imagen del ahorcado girando pendiente de la cuerda.

Solo un par de luces estaban encendidas, arrojando tenebrosas sombras en todas direcciones. De vez en cuando, el viento chocaba contra un vidrio, haciéndolo tintinear tétricamente.

El ambiente era lóbrego e impresionaba sobremanera. Por ello, al ver de pronto una silueta blanca que atravesaba el vestíbulo silenciosamente, estuve a punto de lanzar un grito de susto.

Pero no, no era un fantasma, sino la propia Arabel, vestida con un transparente peinador blanco que le llegaba hasta el suelo. La joven caminaba como sumida en un ataque de sonambulismo o en un trance hipnótico.

Bajo el peinador no llevaba otra prenda que un camisón del mismo color y sus cabellos, sueltos, le pendían en larga cascada de ébano a lo largo de sus espaldas. Las manos le caían lacias a los costados y no miraba a ningún sitio en particular al caminar.

De pronto sonó un grito.

—¡Arabel!

Contuve el que yo había estado a punto de lanzar y que habría delatado de modo indefectible mi presencia en aquel caserón. Retrocedí un par de pasos a toda prisa, resguardándome tras la esquina del corredor, pero sin dejar de observar cuanto sucedía en el vestíbulo.

La joven se volvió lentamente, mirando con ojos vacuos hacia el lugar donde había sonado la llamada. Permaneció inmóvil, fija en el centro del vestíbulo. Su sombra, desmesuradamente alargada, llegaba hasta casi la mitad de la escalera que conducía al piso en que me encontraba.

Otra sombra apareció, procedente del comedor. El dueño de la sombra se hizo visible. Era Hal, el gorila.

Los ojos del individuo centelleaban con una expresión singular. Se relamió los labios durante un momento, en tanto que avanzaba hacia la inmóvil Arabel...

—Arabel —repitió en voz muy baja.

Ella guardó silencio. Dejó que el gorila llegase a su altura.

—Arabel —repitió este—. Tengo que hablarte.

—Sí —murmuró ella con voz monótona.

—Escucha, tú sabes dónde están escondidos los títulos. ¿Por qué no eres buena de una vez y me lo dices?

—No sé nada, no sé de qué me hablas, Hal.

—Sí, lo sabes, lo sabes —la voz del simio era perversamente untuosa—. Se trata de millón y medio. Para los dos, para ti y para mí —le cogió los brazos con unas manos velludas, casi negras—. Nos espera una vida de felicidad sin fin, ricos, sin preocupaciones monetarias. Nadie sabrá, nunca que mataste a tu esposo. Y yo te quiero, Arabel, te quiero.

Sentí una infinita repugnancia al escuchar las lúbricas palabras del individuo. Solamente el deseo de averiguar cuanto pudiera fue lo que me detuvo para no llenarle el cuerpo de plomo en aquel mismo instante.

El gorila continuó su avance. Sus manos llegaron al cuello de la joven. Arabel se estremeció y sus senos se agitaron tumultuosamente, pero salvo este detalle, no hizo el menor movimiento por soltarse de las manos del repugnante individuo.

El gorila soltó las cintas que ataban el peinador a la garganta de Arabel. Los hombros de la muchacha, blancos, ebúrneos, llenos de

cálida morbidez, quedaron al descubierto.

Como si fuera un vampiro, Hal acercó su boca al cuello de la muchacha, besándola codiciosamente. Me pregunté por qué Arabel toleraba aquellas lascivas caricias y sentí una rabia loca, infinita, que me hizo crispar los dedos en torno a la culata del revólver.

De pronto, la mano izquierda de Arabel, hasta entonces pegada al costado, empezó a subir. Contemplé fascinado el ascenso y entonces comprendí las causas de la pasividad de la muchacha.

Le deseé pleno éxito y me dije que si ella no lo conseguía, lo haría yo. Pero aquel canalla no iba a salir vivo del caserón.

La mano de la joven continuó subiendo. Llegó al pecho de Hal y se introdujo bajo su chaqueta. Suspendí la respiración, temiendo fueran oídos mis jadeos.

¿Lograría arrebatarle la pistola?

No. No lo consiguió.

Hal se dio cuenta súbitamente de las intenciones de la muchacha y retrocedió un paso vivamente, a la vez que la cólera distorsionaba demoníacamente sus facciones.

—¡Perra! —la escupió al rostro. Luego levantó la mano y le golpeó en pleno rostro.

Arabel lanzó un grito ahogado y retrocedió trastabillando un par de pasos. Acabó cayendo al suelo, medio sentada, apoyada en las frías losas con ambas manos, mirando con infinito temor al gorila.

Hal se inclinó hacia ella.

—Me dirás dónde está el dinero —barbotó—. Tienes que decírmelo o de lo contrario... ¿Recuerdas lo que hicimos con Nina antes de convencerla para que hablara? ¿Recuerdas lo que nos costó arrancarle la noticia de su entrevista con ese entrometido? Pues eso mismo es lo que haremos contigo si no nos dices dónde están los títulos.

—No lo sé... No lo sé —balbució la muchacha, lívida de espanto —. Nunca lo he sabido.

—¡Mientes, perra! —vociferó el gorila, fuera de sí—. Ronald Mewse te lo dijo antes de morir... Antes de que muriera asesinado por su propia esposa... Tú, Arabel.

—¡No! —jadeó ella. Sus ojos estaban desorbitados por el espanto.

Los dientes de Hal chirriaron desagradablemente. Fuera de sí,

levantó la mano para golpear a la muchacha de nuevo.

Entonces resolví que ya era hora de cortar por lo sano. Di dos pasos hacia adelante y exclamé:

—Basta ya. Hal, ponga las manos en alto o le freiré a balazos.

El gorila se volvió rápidamente, lanzando un bramido de cólera. Arabel exhaló un grito de alegría.

—¡Clay!

De repente vi que Hal metía mano en su chaqueta, a la vez que de su boca se escapaba una espantosa interjección.

No le concedí ninguna oportunidad. Alcé la mano y empecé a disparar, fría, tranquilamente, como si estuviera en una galería de tiro.

El primer disparo alcanzó a Hal de lleno en el pecho. El gorila abrió los brazos, a la vez que retrocedía con pasos vacilantes.

El segundo le pegó en el pecho también. El tercero en el estómago. Y el cuarto, en fin, le dio en mitad de la frente, poniendo fin, de modo fulminante, a una resistencia llena de salvaje vitalidad.

Hal exhaló un enorme ronquido, giró violentamente sobre sus talones y cayó de bruces al suelo, que empezó a teñirse de rojo en el acto bajo su cuerpo.

—¡Arabel! —grité sin poder contenerme, en tanto corría hacia la escalera.

Ella corrió también hacia mí. Nos encontramos a mitad de camino y nos abrazamos con frenética pasión.

CAPÍTULO XV

Llevé a Arabel al comedor, apartándola de la vista de los repugnantes despojos del que había sido su guardián y carcelero. Busqué licor y le serví una buena dosis, lo cual hizo volver los colores poco a poco a su hermoso rostro.

—Clay —exclamó, cuando se hubo recuperado un tanto—, qué oportuna ha sido tu aparición.

—No me esperabas, ¿verdad? —sonreí. Le di un par de suaves palmaditas en la cara—. Pero ahora ya estoy aquí y no dejaré que nadie vuelva a causarte el menor daño.

Me tomó la mano y la oprimió con fuerza contra su mejilla.

—Había rogado que vinieras, Clay, pero nunca creí que mis plegarias fueran atendidas.

—Pues ya estoy aquí, amor. Y te aseguro que antes de muy poco habrás, quedado libre de preocupaciones —me senté a su lado—. Y ahora, vamos a hablar tú y yo con entera franqueza.

Sus hermosos ojos me miraron libres de las sombras que hasta entonces los habían cubierto.

—Sí, Clay, diré todo lo que quieras.

Primeramente, le relaté todo lo sucedido hasta el momento de mi llegada. Ella se asombró mucho al conocer la existencia del testamento y las circunstancias que habían intervenido en su redacción.

—No sabía nada, Clay —manifestó—. De todas formas, me alegro; en lo sucesivo, nadie podrá reprocharme nada, y por otra parte, tanto dinero no ha hecho sino traerme disgustos.

—Celebro mucho que pienses de tal modo. Ahora dime: ¿quién era el tipo qué te acosaba en el cine y fuera del mismo?

—Tubbs. Hal se dio cuenta de que había burlado su vigilancia y lo envió a buscarme. Me resistí porque... porque... no quería volver a casa sin verte.

—Y, sin embargo, cuando te llamé, pasaste de largo por mi lado.

—Tubbs me había visto ya. No quería comprometerte, Clay.

—Comprendo. Ahora, mira a ver si me resuelves un enigma que me trae loco desde mi llegada a Cronin. ¿Quién era el hombre que murió ahorcado la noche en que pernocté aquí?

Por un momento, la risa bailó en los ojos de Arabel.

—No hay tal ahorcado —manifestó sorprendentemente—. Hal era un tipo muy listo y sospechó que no te habías tomado el narcótico. Quiso probarte y proyectó la imagen por medio de una linterna y un cartón recortado convenientemente. Primero trató de asustarte...

—Y lo consiguió, rayos —mascullé entre dientes al recordar la escenita.

—O te asustabas o salías a investigar. Y en este caso, tenía apostado a uno de sus compinches para que te atontara a golpes.

—Y esto fue lo que estuvo a punto de suceder. Pero el individuo murió. ¿Qué hicieron con su cadáver?

—Creo que lo enterraron en el monte, no estoy segura.

—Lo más probable —concordé— es que lo hicieran así. Y ahora, volvamos al tema primitivo. Todo el mundo está convencido de que tú sabes dónde están los valores que dejó tu esposo.

—Pero... yo no sé nada, Clay, te lo aseguro —dijo con tono suplicante, lastimero—. Ronald no me habló nunca para nada de esos títulos.

—Y sin embargo —me mordí los labios—, estoy seguro de que existen.

Ella miró implorante. Saqué cigarrillos y encendí dos. Luego me puse en pie y di varios paseos por la estancia.

De pronto se me ocurrió una idea.

Volví junto a ella y la tomé por los hombros. Se estremeció vivamente al sentir el contacto de mis manos.

—Arabel —expresé, mirándola fijamente—, sé que tú asististe a tu esposo continuamente durante su enfermedad. Dime; ¿no recuerdas nunca haberle oído hablar de tales valores?

—No, Clay.

—Haz un esfuerzo. Quizá dijo algo que pueda conducirnos a una pista y hallarlos.

—¿Por qué tienes tanto interés en ese dinero? —preguntó repentinamente.

—Te lo diré luego. Ahora contéstame. Esfuérzate por recordar

todos y cada uno de los momentos de la última semana de Ronald. Rebusca en tu memoria. Cualquier detalle, por ínfimo que sea, puede conducirnos al buen camino, Arabel.

Se puso las manos sobre la frente, a la vez que cerraba los ojos. Estuvo así durante un minuto largo, al cabo del cual volvió a mirarme.

—Es inútil, Clay, no puedo recordar nada respecto a esos títulos.

—Tienes que recordar, debes hacerlo, Arabel. Hazlo, te lo suplico.

—Por favor...

—Recuerda, Arabel...

Sus labios temblaron un instante. Aguardé en actitud expectante.

De pronto exclamó:

—Aguarda, Clay... Un instante... Sí, creo recordar algo... Fue un día o dos antes de morir. Entonces creí que deliraba o que hablaba en sueños. Dijo algo de unos números...

—¿Una clave?

—Sí, quizá. En tal caso, entonces no se me ocurrió pensar en ello, es una clave muy extraña.

—Bien, dila de una vez.

—Es... —hizo una pausa para esforzarse— cinco... Eso es, cinco norte y siete este.

—Cinco norte, siete este —repetí—. Esto parece una posición geográfica más bien que una clave, Arabel.

—Lo siento, querido. Es la única cosa que puede parecerse a lo que tú buscas —manifestó ella.

Aspiré profundamente el humo del cigarrillo, en tanto que trataba de desentrañar el sentido de aquella clave. Cinco norte. Siete este.

Desde luego, no podía referirse a una posición geográfica, aunque lo pareciera; habría estado peligrosamente próxima al Polo. ¿Entonces?

—¿Dónde murió tu esposo? —pregunté de pronto—. ¿Aquí o en la ciudad?

—Aquí. Se sintió enfermo durante un fin de semana y ya no volvió a Cronin.

—Acompáñame a su habitación —dije.

Ella se puso en pie. La tomé por el brazo para ayudarla a

sostenerse. Me miró con una pálida sonrisa y le correspondí con otra llena de esperanza.

Se estremeció al pasar por el vestíbulo, donde aún continuaba yaciendo el cuerpo de Hal. Subimos la escalera y me condujo al dormitorio de Ronald Mewse, una amplia pieza, severamente amueblada, en cuyo centro se veía un enorme lecho con dosel de columnas salomónicas.

Miré a derecha e izquierda sin conseguir ver nada de particular. ¿Habría querido señalar el muerto algún lugar del dormitorio?

Permanecí en silencio varios minutos, sopesando cuidadosamente las posibilidades. De pronto y a fuerza de estrujarme el magín, advertí que el lecho estaba orientado exactamente al norte, es decir, al dormir allí, el yacente colocaría la cabeza al norte y los pies al sur.

Avancé un par de pasos. Tenía la sensación de hallarme al final del camino, aunque la puerta no se había abierto todavía.

—Cinco norte, siete este —repetí maquinalmente.

Y de pronto, la luz estalló dentro de mi cerebro, con relampagueante claridad. Sin darme cuenta casi de lo que hacía, agarré nerviosamente el brazo de Arabel.

—¡Cinco norte, siete este! —grité—. ¡Fíjate, Arabel! Me parece que ya hemos dado con la solución.

El suelo estaba pavimentado con grandes baldosas de piedra, cada una de las cuales mediría muy bien cincuenta centímetros de lado. Me fui a la cabecera del lecho y empecé a contar a la vez que andaba, dando la espalda a la pared norte.

Cada uno de mis pasos era una baldosa. A la quinta me detuve, contando luego siete a partir de la pared del lado este, deteniéndome en la intersección de ambas hileras de baldosas.

Golpeé la que señalaba el vértice de aquel ángulo recto. El golpe sonó a hueco.

—Arabel, aquí están los valores —dije excitadamente.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó la muchacha, nerviosísima.

—Te lo demostraré dentro de un par de minutos. Aguárdame aquí y no te muevas.

Salí de la habitación, encaminándome a todo correr al piso bajo. Busqué por todas partes, acabando por encontrar en la cocina lo que deseaba: una barra de hierro.

Volví al dormitorio y sin perder un segundo, empecé a atacar la baldosa. No me importó destrozarla por completo; en aquellos momentos, todo mi interés estaba cifrado en comprobar mi teoría.

La baldosa cedió al cabo, fragmentándose en varios pedazos. Tiré la barra a un lado y aparté los trozos a puñados. Algo brilló en el fondo del hueco.

Unos segundos más tarde había extraído una pesada caja de metal, de unos cuarenta y cinco centímetros de lado por treinta de grueso. No tenía cerradura; solamente un pequeño pasador de hierro que descorrí a un lado.

—Levanta la tapa, Arabel —dije, sosteniendo la caja con ambas manos.

Ella obedeció en el acto. Los dos examinamos en completo silencio el interior de la caja.

—¡Dios mío! —exclamó la joven al cabo de un rato.

—Tienes razón para asombrarte —manifesté—. Esto que estamos viendo aquí es una verdadera, fortuna.

—Pero que ninguno de los dos disfrutará —exclamó de repente una voz.

Arabel se volvió, a la vez que lanzaba un chillido de susto. Yo no necesité hacerlo, porque estaba dando frente a la puerta.

—Demasiado has tardado, Rod —dije tranquilamente.

CAPÍTULO XVI

—Di mejor que he llegado en el momento justo —respondió mi amigo. Emily, su esposa, estaba a su lado.

Rod empuñaba firmemente una pesada automática.

—Nunca creí que pudieras mezclarte en un asunto tan repugnante —manifesté, sinceramente apenado—. Me defraudas, Rod, te lo digo de veras.

El aludido alzó los hombros.

—Ya es tarde para hacernos consideraciones de este género, Clay —contestó—. Si me hubieras hecho caso y te hubieras marchado de Cronin, aceptando sencillamente mi dinero, las cosas podrían haber rodado mucho mejor para ti.

—No podía, compréndelo.

—¿Por qué? ¿Por ese millón y medio? —la boca de la pistola apuntó directamente a la caja, atiborrada de títulos al portador hasta la tapa.

—No. Por el seguro de vida de Ronald Mewse.

—¡Qué! —exclamó Rod, completamente sorprendido—. ¡El seguro de vida! Entonces, tú no…

Moví la cabeza afirmativamente.

—Exacto, querido Rod. Yo no estoy contratado por nadie que no sea por mi compañía de seguros, para la cual trabajo hace algunos años. Lamento haber olvidado comunicarte tan pequeño detalle, pero dadas las circunstancias en que se ha desarrollado el caso, creí oportuno ocultártelo desde el primer momento.

—Cuando llegaste a Cronin me dijiste que andabas investigando ciertas cosas sobre la viuda de Ronald Mewse, Clay —exclamó mi amigo acusadoramente.

—¿Investigar un seguro de vida de un cuarto de millón de dólares, no es investigar al mismo tiempo acerca de la viuda del que concertó el seguro? —repliqué.

Rod parecía ligeramente aturdido. Miró a Emily como pidiéndole consejo. Ella apretó los labios, en tanto que sus ojos me

miraban con expresión de odio.

—Tengo su pañuelo en el bolsillo, Emily —dije—. Mejor expresado estará si digo que es el pañuelo que usted sustrajo a Arabel con objeto de incriminarla en la muerte de Ferguson.

—Mátalo —dijo Emily con voz ronca—. Mátalos, Rod. A los dos, pronto.

—Espera. Antes quiero saber una cosa —preguntó Rod—. ¿Por qué investigabas el seguro, Clay?

—Creo que posees las suficientes nociones sobre el particular para saber que ninguna compañía paga una póliza de semejante calibre sin antes agotar todos los medios a su alcance y asegurarse de que todo está correcto. En el caso presente, la cosa parecía hallarse en regla. Ahora bien, lo que nos extrañó fue que se reclamase el pago del seguro dos años y medio después de la muerte del interesado. Por eso me enviaron a mí a investigar, y más cuando dije que quizá tú pudieras ayudarme en algo.

—No confiaste demasiado en mí, que digamos —murmuró Rod, defraudado.

—Fuiste detective, como yo, y debes saber que nunca se debe confiar plenamente en nadie, Rod. Por otra parte, está el hecho de los policías que enviaste contra mí. Nadie en la ciudad, salvo tú, sabía que yo había sido un detective privado, cosa que tú continuabas creyendo, al no saber que trabajaba para la “National Life Insurance”. Te aprovechaste de tu preeminencia social para enviarme aquella pareja de esbirros, los cuales accedieron a obedecerte, para congraciarse contigo el día en que te eligieran alcalde. Este fue un grave error por tu parte, Rod. Y me dolió mucho, créeme. Te había apreciado siempre. ¿Por qué tardasteis tanto en reclamar el importe de la póliza?

Rod calló. Su esposa le azuzó contra nosotros.

—Acaba de una vez con ellos, Rod —dijo sibilantemente—. Ya no me importa nada que te hagan o no alcalde. Ahí, en esa caja, hay millón y medio. Podemos irnos tranquilamente de la ciudad y nadie nos hallará jamás. Date prisa, Rod, date prisa.

—¡Un momento! —exclamé—. Ahora creo saber por qué os retrasasteis tanto en reclamar el importe del seguro. Primeramente y casi con seguridad por consejo de Ferguson, también mezclado en el asunto, decidisteis esperar a que se pasara algún tiempo,

confiando en hallar los valores. Todavía os sobraba tiempo; aún no era hora de elecciones. Y tú mismo me habías dicho que no andabas muy sobrado de dinero para sufragar los gastos de tu campaña electoral. Pero esta se aproxima y el dinero se os había acabado casi del todo. Por eso os resolvisteis a reclamar el importe de la póliza. Si no aparecían los valores, el cuarto de millón de Ferguson, como albacea, fideicomisario y administrador de los bienes de Arabel, os serviría a vuestros fines. Y Ferguson ya se resarciría después, cuando tú fueses el alcalde y empezase a percibir los beneficios de las suculentas contratas de terrenos y servicios municipales que tú le facilitarías. A falta del millón y medio, lo otro era también un buen bocado, ¿no es cierto? Tuviste mala suerte en que la compañía me nombrara a mí investigador en este caso, Rod. Lo siento, pero las cosas hechas no pueden deshacerse. Es preciso apechugar con las consecuencias.

—Sí —concordó mi amigo—. Tú lo has dicho. Lamento mucho lo que me veo obligado a hacer, Clay. Espero que sepas comprenderme.

—Claro —dije—. Bien, ¿no querías los valores? ¡Pues ahí los tienes!

Y actuando súbitamente, le arrojé la pesada caja a la cara.

Arabel chilló. Emily soltó una obscena blasfemia.

Sonó un disparo. Rod había hecho fuego contra mí, pero la caja le alcanzó en el pecho, derribándole hacia atrás. La bala pasó por encima de mi cabeza, estrellándose contra la pared.

Salté hacia adelante, procurando alcanzar la mano armada de Rod antes de que tuviera tiempo de disparar contra mí. Aquello era aún más rápido que intentar sacar el revólver de mi bolsillo.

Caí sobre él, agarrándome con ambas manos a su muñeca armada. Forcejeamos rudamente, empleando todos los trucos y argucias de mala ley que ambos habíamos aprendido años atrás.

De pronto sonó una detonación. El estampido, produciéndose casi en la oreja, me aturdió. Oí vagamente un grito de mujer, que identifiqué como procedente de la garganta de Arabel.

Pero no pude atenderla. La rodilla de Rod se me clavó salvajemente en la ingle. Una lanzada de dolor me subió hasta el cráneo. Rod insistió, empleando, además, el puño izquierdo contra mi pómulo del lado contrario. Empecé a perder fuerzas.

Estaba encima de él, pero consiguió meter las piernas por debajo, encogiéndolas cuanto pudo. Las despidió como sendas ballestas y yo salí volando por los aires. Tropecé con una silla, que se fragmentó en astillas y quedé en el suelo, jadeante, sin aliento, con todo el cuerpo convertido en una masa de puro dolor.

Rod se incorporó lentamente. Su rostro era una máscara de odio infinito.

—Por tu culpa ha muerto la mujer a quién yo amaba más en el mundo —dijo.

Miré al otro lado. Emily yacía en el suelo, con los brazos en cruz, en medio de un lago de sangre. Todo un lado de su cráneo había desaparecido, arrancado por la potencia del impacto. La visión era repugnante.

Volví los ojos a mi amigo. Rod había terminado de ponerse en pie. El cañón de su pistola me apuntó malignamente.

—Esto se acaba, Clay —jadeó.

En aquel momento sonó una voz.

—Tire esa pistola, Saxton.

Rod, se volvió, lanzando una blasfemia. Levantó la mano armada.

Sonó un disparo. Pero no fue Rod el que había apretado el gatillo…

Mi amigo se estremeció horriblemente. Dejó caer la pistola al suelo, a la vez que se llevaba la mano al pecho. Luego se arrodilló.

Quiso acercarse al cuerpo de su esposa, muerta por el disparo que se le había escapado involuntariamente, pero se desplomó de pronto, con la mano derecha extendida, tocando el borde de la falda de Emily. Pateó un poco y luego se quedó quieto para siempre.

Millard Witt me miró con aire de reproche.

—Espero —dijo severamente— que en lo sucesivo se acuerde usted de que en Cronin existe la policía.

—Sí —contesté. Luego le volví la espalda.

Arabel me miró un momento. Luego, lanzando un grito de alegría avanzó hacia mí con los brazos extendidos.

Y al encerrarla entre los míos, me olvidé, no solo de que en Cronin había policía, sino de cuanto me rodeaba.

Estoy seguro que a ella le ocurrió lo mismo.

FIN


COLECCION
HISTORIAS
Libros clásicos
del mundo
juvenil
Historia de
LOS INVENTOS
OLIVERIO
TWIST
NAPOLEON
precio:
30 ptas.
250 ilustraciones en
cada volumen.
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



CRIMEN, S. A.

[illegible] crimenes impunes en diez años

LA MAFIA

Una hermandad del mal, extendida a todo el mundo

ANTOLOGIA DEL CRIMEN

Los mas famosos crimenes de nuestra epoca

T-MEN

Hazañas de los agentes del Departamento del Tesoro

EL MUNDO DEL DELITO

Una enciclopedia de "casos" célebres

EL LIBRO NEGRO DEL CRIMEN

Historia de la criminalidad en el mundo

HOLLYWOOD ES MI REINO

Memorias del jefe de Policia de Hollywood

LOS AÑOS SIN LEY

La historia de los "gangsters" de Chicago



FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-43 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

N.º 1456

Constance Towers



En "El sargento negro", tuvimos ocasión de conocer y admirar a esta joven actriz del cine de Hollywood, cuyo nombre se está imponiendo rápidamente en todas las pantallas del mundo.

Foto WARNER BROS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 — BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain